



Cuéntame un cuento, por favor

Cuentos para leer en familia
y crear un espacio de
confianza y comunicación
entre padres e hijos.



**Comunidad
de Madrid**



Cuéntame un cuento, **por favor**

Cuentos para leer en familia
y crear un espacio de
confianza y comunicación
entre padres e hijos.

Texto e ilustraciones
María Jezabel Pastor Navalón

Dirección General de la Familia y el Menor
CONSEJERÍA DE POLÍTICAS
SOCIALES Y FAMILIA



Comunidad de Madrid

CUÉNTAME UN CUENTO

María Jezabel Pastor Navalón



Comunidad de Madrid

CONSEJERÍA DE POLÍTICAS SOCIALES Y FAMILIA

Dirección General de la Familia y el Menor



CONSEJERÍA DE POLÍTICAS SOCIALES Y FAMILIA

Dirección General de la Familia y el Menor

C/ Gran Vía, 14

28013 Madrid

@ Textos e ilustraciones: María Jezabel Pastor Navalón

@ Comunidad de Madrid

Edita: Dirección General de la Familia y el Menor

Imprime: B.O.C.M.

Tirada: 5.000

Edición: Reimpresión 2016

Depósito legal: M-48.956-2006

Impreso en España – Printed in Spain

Cuéntame un cuento, **por favor**

A mi querida madre,
que me contaba cuentos
en la noche.



M^a Jezabel Pastor

Prólogo

Lejos quedan esos tiempos en los que, a la luz de la lumbre, las abuelas contaban cuentos a sus nietos. Lejos, incluso, esos días en que las madres y los padres contaban cuentos de hadas a sus hijos al ir a dormir.

Hoy en día, tanto el padre como la madre trabajan fuera de casa. Al llegar la hora de acostar a los niños hay prisas, pues al día siguiente hay que ir a trabajar; tal vez todavía queda por preparar la comida del día siguiente, recoger la cocina o tender alguna lavadora.

Algunas madres o padres incluso deberán trabajar en casa en asuntos laborales; otros estarán tan cansados que sólo querrán tenderse en el sofá para ver un poco la televisión.

Así son los tiempos que nos han tocado vivir y así hay que acogerlos. Sin embargo, conviene parase un momento y reflexionar sobre el sentido de lo que hemos perdido -los niños han perdido-, para poder encontrar un modo de recuperar, al menos, una parte de ello.

Los cuentos se remontan a un pasado tan lejano que nadie puede recordar, pero a través de ellos nos ha llegado el rumor de una magia que ha alimentado el alma infantil a través de generaciones. Y aunque es cierto que, durante algún tiempo, este mundo mágico y soñador ha sido desprestigiado, no es menos cierto que el alma sabia de los niños reclama, una y otra vez, ese alimento de imágenes profundas, cuando repite cada noche: ¡cuéntame un cuento, por favor!

La poesía no se puede explicar, pues se agota su encanto. Las imágenes vivas de los cuentos tampoco se pueden explicar a los niños. Ellos las escuchan encantados y esas imágenes arquetípicas les acompañarán siempre. Un niño sano nunca perderá el interés por los cuentos y al pedir que se le cuenten estará reclamando aquello que más necesita en su infancia. Después, al ir creciendo, escuchará y leerá igual de interesado otras narraciones más acordes a su edad: leyendas, fábulas, mitologías, biografías...

Con los cuentos, habremos puesto un sólido cimiento en la educación de nuestros hijos y alumnos, permitiendo que reciban un alimento anímico que necesitan. Démosles la confianza de reconocer en los cuentos que el bien, al final, siempre triunfa sobre el mal, aunque a veces parezca lo contrario; que el valiente y honesto es el que conquista a la princesa; que la fuerza bruta -la de los monstruos- nada tiene que hacer

frente a la inteligencia y la astucia; que el esfuerzo- el de pasar las pruebas - siempre obtiene su recompensa.

Los niños pequeños viven junto al alma de las cosas y por ello aprenden a través de imágenes verdaderas. Por ello, los cuentos son adecuados al poder de comprensión de los niños, están llenos de una verdad honda y eterna, pero expresada en forma de imágenes.

Por todo esto y a pesar de lo ocupados que estemos los padres y educadores de hoy, intentemos hacer un hueco para contar cuentos a los niños.

Este pequeño libro contiene cuentos en los que he recreado esas imágenes de los clásicos cuentos de hadas. Otros pequeños cuentos recogen imágenes de la naturaleza y los animales, mundo muy cercano al alma del niño pequeño.

Son cuentos cortos para los que nos será fácil encontrar un tiempo, en ese momento de ir a acostar a los niños. Al final hay un cuento un poco más largo, que puede ser contado por capítulos.

Se trata de no renunciar al derecho de los niños a recibir el alimento de los cuentos, teniendo también en consideración el poco tiempo del que, a veces, disponemos.

Por último, quisiera decir que contar cuentos es también una forma maravillosa de hacer familia. Pocas cosas vinculan tanto como ese momento íntimo en que, ya metido en la cama, el niño escucha de papá o mamá la palabra mágica: "érase una vez...".

Pocos recuerdos reconfortan tanto como ese en el que nos vemos pequeñitos, oyendo la voz de nuestros padres contándonos un cuento.

Espero que disfrutéis narrando estos cuentos a vuestros hijos. Ellos, desde luego, disfrutarán escuchándoos.

M^a Jezabel Pastor

Cuentos

1. El caballo salvaje	13
2. La manzana y la rosa.....	21
3. La libélula	31
4. La barca del abuelo	39
5. Las niñas del bosque	47
6. El caballito de mar.....	59
7. Los tres hijos del conde.	69
8. La aldea en las montañas.....	79
9. El petirrojo.....	87
10. La espada de hierro	93
11. Julián pregunta.....	103
12. Magdalena.....	113
13. El verdadero Príncipe.....	119
14. Los tilos.....	129



El caballo salvaje

En una aldea al sur de Mongolia vivía Vaski, un niño que quería mucho a los animales. De entre todos ellos prefería a los caballos. Desde pequeño los había observado galopar por la estepa. Eran caballos salvajes que vivían en grupos y nunca se acercaban al hombre. Las personas de aquellas tierras tampoco molestaban a los animales. Lo que mas fascinaba a Vaski de los caballos salvajes era su vida libre.

Una mañana, cuando el muchacho salió a coger agua para que su padre pudiera preparar el desayuno, algo llamó su atención. Un caballo solo, separado de su grupo, se había aproximado a la cerca de la casa. Dejó el cubo con cuidado y se fue acercando con sigilo. Cuando el muchacho tocó con sus manos la cerca de madera el caballo huyó al galope.



El caballo salvaje

El niño no contó nada de lo sucedido, pero por la tarde en lugar de buscar a otros chicos de la aldea para jugar, Vaski se quedó sentado sobre la cerca esperando, por si el caballo volvía.

Cuando ya el sol se había ocultado por completo y el cielo comenzaba a oscurecer, vio a lo lejos la silueta del caballo que se acercaba de nuevo. Esta vez el chico entró en casa y llamó a su padre.

-Papá, un caballo ha venido esta mañana y de nuevo vuelve ahora, pero cuando me acerco sale corriendo.
-Es muy raro hijo, son caballos salvajes que han vivido en estas tierras desde antes que lo hicieran los hombres. Huyen del contacto humano, pues desde pequeños aprenden a vivir en libertad.

Padre e hijo se acercaron con sigilo a la cerca y de nuevo, al llegar a ella, el caballo salió huyendo.

-Hijo, ¿Te das cuenta de que al galopar cojea un poco de la pata derecha? Ese caballo está herido y se acerca a nosotros buscando ayuda. Pero su instinto salvaje le hace huir cada vez que nos acercamos.



Esa noche, Vaski se acostó muy preocupado pensando en el caballo. Le gustaría poder ayudarle, pero no sabía cómo.

Por la mañana el niño se levantó temprano. Todos dormían en la casa, y con cuidado de no hacer ruido salió y fue hasta la cerca. La saltó y se quedó sentado fuera. Hacía fresco y se acurrucó esperando al caballo. Todavía las estrellas lucían en un cielo que iba clareando poco a poco.

Cuando el sol comenzaba a iluminar el cielo, el caballo apareció en la llanura. El chico al verlo ni se movió, esperó que el animal fuera aproximándose hasta llegar junto a él. Entonces comenzó a hablarle.

-Caballito no quiero hacerte daño. Ni siquiera quiero domarte. Se que eres un caballo libre. A la vez que le hablaba, el niño le acariciaba.

Se dio cuenta de que el caballo tenía algo clavado en una pezuña. Aquello debía producirle un gran dolor al animal.

-Tranquilo caballito, repetía el niño sin cesar.



El caballo salvaje

El caballo comenzó a confiar en el chico y esta vez no huyó. Permitió que le curase un anciano de la aldea que sabía mucho de caballos y de cómo tratarlos. Todos estaban muy asombrados de que un caballo salvaje se acercara a los humanos y se dejara curar.

Cada día el caballo regresaba a la cerca al amanecer y el muchacho le acariciaba y le hablaba para darle confianza. Sólo entonces dejaba que limpiasen su herida y la curasen. Se decía que el muchacho y el caballo se habían hecho amigos. El niño le llamaba Negro, pues el caballo era de un profundo color negro. Cuando el sol salía, brillaba reluciente y en la noche Vaski veía las estrellas reflejadas en su piel.





El padre de Vaski le dijo un día:

-Hijo, veo que te estás encariñando con el caballo. No olvides que es un caballo salvaje y que cuando su pata esté completamente recuperada volverá con su grupo.

El chico sabía que lo que su padre decía era cierto, pero en su corazón deseaba que el caballo no se marchara nunca de su lado.

Un día, el curandero de la aldea dijo que el caballo ya tenía la pezuña completamente recuperada. Vaski se alegró por su amigo, pero a la vez temió que no volviera nunca más junto a él.

A la mañana siguiente, el caballo volvió, pero esta vez no quiso entrar cuando el muchacho le abrió la puerta de la cerca. Parecía que quisiera que el niño fuera con él hacia la llanura. Con su hocico blanquecino empujaba a Vaski y este, acariciando su lomo, decidió acompañarlo hacia donde el caballo quería ir.

Caminaron largo rato alejándose bastante de la aldea,



El caballo salvaje

hasta llegar a un arroyuelo. Allí, el muchacho contempló algo que pocas personas en la aldea habían visto antes: una familia de caballos salvajes tranquilamente pastando alrededor del arroyo. Ante la presencia de Vaski, se inquietaron alejándose un poco pero luego, al ver que Negro se acercaba confiado al muchacho, también ellos confiaron y volvieron a acercarse al arroyo.

El chico estaba maravillado de poder estar allí, en medio de una manada de caballos salvajes. Pero no entendía por qué Negro le había llevado hasta allí. Entonces el animal hizo algo inesperado en un caballo salvaje: se sentó junto al muchacho sobre sus patas traseras. Era una invitación a Vaski para que este subiera sobre sus lomos. El chico emocionado subió al caballo y este rápidamente se enderezó, comenzando a caminar primero lentamente, luego trotando y finalmente galopando a través de la llanura.

Vaski se agarraba con fuerza al cuello del caballo para no caerse. Era muy emocionante poder galopar a lomos de Negro, su querido caballo salvaje.

El caballo lo llevó de vuelta al arroyo y se agachó



para que el muchacho pudiera bajar de sus lomos. Vaski se abrazó a su amigo en agradecimiento. Sabía que este regalo del animal era también la despedida. El caballo comenzó a empujarle con su hocico. Era como si le dijera:

- "Ahora debes marcharte, amigo. Este es mi lugar, al que yo pertenezco".

Vaski se alejó de allí con lágrimas en los ojos. Le dolía separarse de su amigo, pero sabía que eso era lo mejor para un caballo salvaje. Vivir con los suyos, alejado de los hombres. Vivir libre en la estepa.

El chico nunca volvió a ver al caballo y no volvió tampoco al lugar donde su amigo le había llevado aquel día. Ese era un secreto que nunca reveló a nadie. Pero alguna noche de luna, de esas en las que le gustaba sentarse apoyado al otro lado de la cerca, le parecía ver a lo lejos la silueta de un caballo salvaje.



La manzana y la rosa

Sucedió hace mucho tiempo la historia que ahora voy a contaros. En un lujoso palacio en un reino muy al norte vivía un noble. El palacio se encontraba en la falda de una montaña rodeado de bosques de abetos.

En invierno todo se cubría de un blanco manto de nieve y el silencio inundaba los bosques. El noble estaba casado con una mujer muy hermosa y los dos se querían mucho. Pasado un tiempo tuvieron el hijito que habían esperado con mucha ilusión. Pero al nacer el niño la madre enfermó, y aunque el esposo buscó los mejores médicos del reino, nadie pudo curarla.

Un día, a pesar de estar muy débil, la madre salió a dar un paseo por un bosquecillo de enebros cercano



La manzana y la rosa

al palacio. Ese era el lugar preferido de la bella mujer y se sintió reconfortada al poder pasear por él de nuevo. Pero no se dio cuenta de que poco a poco iba alejándose demasiado del palacio. Comenzó a sentirse muy cansada y se sentó en un tronco caído para recuperar fuerzas.

Empezó a nevar lentamente y la mujer, a la que ya no le quedaban fuerzas para volver, se fue quedando dormida. A la mañana siguiente la encontraron muerta bajo un enebro.

Su esposo se sintió muy triste y durante días no quiso separarse del cuerpo de su esposa. Al fin, halló consuelo enterrándola bajo un manzano que había en el jardín, y al que su amada esposa quería especialmente.

Desde entonces, cada primavera el manzano daba una manzana roja entre todas las demás manzanas amarillas. El esposo cogía aquella manzana y se la daba a su querido hijo. No permitía que nadie más comiese esa manzana roja. Le decía al muchacho:



-Cómetela hijo, es tu madre que te alimenta desde el cielo.

El reino entró en guerra con un país extranjero y el hijo del noble tuvo que ir a luchar para defender los territorios de su padre.

La noche antes de partir a la guerra cayó sobre todo el reino una gran nevada. El padre del valeroso joven salió al jardín con el corazón entristecido por la partida de su querido hijo. Entonces contempló asombrado el manzano. A pesar de estar en lo más crudo del invierno, una manzana colgaba de sus ramas desnudas, una manzana roja. Y al pie del manzano un rosal había florecido en la noche, luciendo una sola rosa roja.

El padre cogió la manzana y la rosa y las entregó a su hijo antes de partir a la guerra.

-Lleva contigo esta flor y esta manzana- dijo el noble a su hijo -si tus fuerzas desfallecen, come de esta manzana que tu madre te envía. Si tu corazón se siente solo y abandonado mira esta rosa que reconfortará tu alma, recordándote tu hogar y tus seres queridos.





El joven pasó mucho tiempo luchando lejos de su hogar. Fue tomado preso y llevado a través del mar a un lejano país. Lo habían despojado de su caballo, su espada, su escudo y sus vestiduras nobles. Sólo conservaba la manzana que llevaba en su bolsillo y la rosa que guardada en un pequeño libro sagrado que había pertenecido a su madre y que él siempre llevaba cerca de su corazón.

Cuando desembarcaron el muchacho fue vendido como esclavo en un mercado oriental. Como era joven y fuerte los encargados del palacio del rey lo compraron para que limpiara las caballerizas del palacio de su señor y cuidara de los caballos.

Durante meses el joven cuidó de los preciosos caballos del rey. Eran animales magníficos y el joven los atendía con esmero. El rey quiso saber quien cuidaba ahora de sus apreciados animales ya que desde que el joven estaba a su cuidado estos habían mejorado mucho. Se los veía más sanos y más contentos.

El joven fue presentado al rey, el cual se dio cuenta enseguida de que no tenía delante a un simple mozo,



sino a alguien que había sido educado en familia noble. Hizo marchar a todos los demás sirvientes y, cuando estuvieron a solas, le preguntó al muchacho de dónde provenía y cuál era su origen.

El joven contó al rey toda su historia y este lo trató desde entonces como si fuera su propio hijo. El rey había tenido dos hijos gemelos: un niño y una niña. Poco después de nacer fueron raptados por una bruja malvada y nunca más volvió a saber de ellos. Se decía que la bruja vivía escondida en una cueva profunda en algún lugar de su extenso reino, pero el rey había mandado a buscarla durante años y nunca la habían encontrado. Ya se había resignado pensando que sus hijos habían muerto y ahora la presencia del joven le trajo un poco de consuelo.

Una mañana el joven, que ahora vivía en el palacio del rey, le dijo:

-En agradecimiento por el trato que me dais, quisiera salir en busca de vuestros hijos.

El rey le dijo con emoción:

-La mayor alegría para mi anciano corazón sería recuperar a mis hijos. Si los encuentras podrás reconocerlos por un lunar que tienen en su hombro derecho. Pero debes cuidarte de la bruja malvada pues no quiero perderte a ti también.

El joven salió en busca de los dos hermanos. Llevaba consigo, como siempre, la rosa cerca de su corazón y en su bolsillo la manzana del manzano de su madre, que a pesar del paso del tiempo se mantenía fresca como el primer día.

Durante meses recorrió todo el país. Preguntó en cada pueblo y aldea y entró en cada cueva de la que le hablaron. Pero todo fue en vano, no encontró ni rastro de la bruja o de los dos hermanos.

Llegó a los confines del reino, rodeado de desiertos. Agotado se detuvo a descansar en un oasis donde una tribu nómada estaba con su ganado. Compartieron con él agua y comida y le ofrecieron cobijarse en sus tiendas aquella noche. Cuando estaba junto al fuego con aquellas buenas gentes, el más anciano comenzó a contar una historia.



El anciano habló de una bruja llamada la "malmadre". Se trataba de una mujer tan vieja que los antepasados del anciano ya habían escuchado hablar de ella. Vivía en una profunda cueva en el corazón de la tierra cuyas paredes eran de piedras preciosas. Pero lo que ella ambicionaba eran niños a los que obligaba a servirle y a buscar pepitas de oro en los ríos subterráneos. Almacenaba estas pepitas en sacos y se decía que había cientos de ellos por toda la cueva.

El joven preguntó al anciano si sabía donde se encontraba la gruta de la bruja y el viejo le señaló, temeroso, unos escarpados montes que se encontraban a lo lejos. El muchacho agradeció la hospitalidad de aquellas gentes y la historia que le había contado el anciano, y en la mañana partió rumbo a las montañas.

Después de andar durante un día entero llegó al pie de los elevados riscos y comenzó a subir. Cuanto más ascendía peor olía. Era un penetrante olor a azufre que hacía el aire irrespirable.

El joven se sentía abatido y se sentó en una roca para recuperar el aliento. Entonces tocó junto a su



pecho el pequeño libro que contenía la rosa. Al contemplarla sintió de nuevo fuerzas para seguir adelante.



Cuando llegó a la entrada de la cueva tapó su rostro con un pañuelo para poder respirar y avanzó despacio. Al llegar al interior vio a la bruja. Su rostro estaba iluminado por las llamas de la hoguera que había en el centro. Tenía un rostro surcado por arrugas centenarias y todo su cuerpo estaba encorvado.

La vieja bruja estaba rodeada por doce jóvenes sentados alrededor del fuego que permanecían con los ojos cerrados como si estuvieran dormidos. Al ver al joven lo miró con una mirada que hubiera helado la sangre a cualquiera, pero entonces el muchacho cogiendo la flor que guardaba cerca de su corazón se la lanzó a la anciana.

Cuando la rosa rozó a la bruja esta cayó al fuego, desvaneciéndose como si fuera de humo.



Los jóvenes despertaron al momento, pero no tenían fuerzas para moverse y poder salir al mundo exterior. El joven cogió la manzana roja y fue dando un pequeño mordisco a cada uno de ellos, comiendo también él un poco. De esta forma todos recuperaron las fuerzas.

Cada uno de los jóvenes cogió un saquito de pepitas de oro y salieron de la cueva para no volver jamás. El valiente muchacho reconoció a los hijos del rey por el lunar que tenían en el hombro derecho. Les dijo que eran los hijos del monarca y que su padre les estaba esperando con los brazos abiertos.

La hija del rey era muy hermosa y el joven se enamoró de ella desde el primer momento en que la vio. Al llegar al palacio el padre sintió una gran alegría al recuperar a sus hijos y concedió la mano de su hija al joven extranjero, al que ya quería como a su propio hijo.

Después de la boda el rey les regaló un barco cargado de riquezas con el que regresaron al país del joven. Su padre les recibió con gran alegría y ellos vivieron felices para siempre.



En un río cristalino vivía un grupo de libélulas, a las orillas de una pequeña poza. Sus alas eran transparentes, pero teñidas de un intenso tono azul.

Danzaban todo el día entre los carrizos y las mimbreras que bordeaban el río. A veces también se posaban en alguna roca que sobresalía de las aguas, desafiando al tumultuoso correr del agua, como si fueran las capitanas de un velero rocoso.

Cuando alguna persona iba al río a pescar o a bañarse siempre admiraba la delicada belleza de las libélulas, por eso ellas se sentían muy ufanas y orgullosas de sus coloridas alas.

En aquella poza vivían también otros seres, más pequeños y menos vistosos que las libélulas. Eran



los zapateros. Ellos eran de color negro y además no podían volar como las graciosas libélulas. Por eso a nadie llamaban la atención. A veces algunos niños se divertían tirándoles piedras para ver como los pobres zapateros huían asustados.

Aquella fresca mañana de verano una joven libélula volaba de una hoja de espadaña a otra. Entonces se dio cuenta de que un zapatero, que se había quedado enredado en una planta de agua, intentaba sin éxito soltar sus patas.

La libélula comenzó a reír al ver el apuro del zapatero y con burla le dijo:

-¡Za-pa-tee-ro!, ¿por qué no vuelas y sales de ese en-ree-do?.

El zapatero la miró con asombro:

-Sabes que no puedo volar, yo no tengo alas como tú.

-Es verdad, eres sólo un pobre zapatero que se pasa el día entero panza abajo en el agua, corre que te corre por toda la poza.



-Tú eres preciosa, ya lo sé. Vuelas sin cesar de un lado para otro, pero no puedes ver lo que yo veo en el fondo de la poza.

La libélula se quedó asombrada y molesta al oír lo que el zapatero le estaba diciendo:

-¿Qué...que...que... que es eso de que yo no puedo ver... "no se que cosa"? Yo puedo ver muy bien tontorrón, feo y negro zapatero.

-Está bien princesa. Si tú puedes ver tan bien, no necesitas que yo te cuente nada de lo que veo en el agua de la poza.

El zapatero calló y siguió intentando desenredar sus patas de aquella planta de agua.

La libélula se quedó pensativa y moviéndose inquieta de rama en rama. Quería irse rápido de allí pero no podía dejar de mirar al zapatero y recordar sus palabras.

¿Qué era lo que este feo insecto podía ver, boca abajo en el agua, que ella no viera en sus alegres vuelos?





Entonces sucedió algo inesperado. Un gran sapo saltó sobre la hoja de espadaña en la que la libélula estaba posada y esta cayó a la poza. Sus delicadas alas se empaparon en el agua y, aunque lo intentaba, no podía emprender de nuevo el vuelo.

La libélula iba a morir ahogada y en ese último instante vio lo que había en el fondo del agua. Los rayos del sol, al atravesar el agua, dejaban en ésta destellos multicolores. Podía ver en el fondo pequeños pececillos, bonitas plantas acuáticas meciéndose con la suave corriente y piedrecillas de todos los colores, avivados por los destellos del sol.

El zapatero había presenciado el rápido salto del sapo y la caída al agua de la libélula. Quería salvarla de una muerte segura e hizo un último y desesperado intento por zafarse de aquellas hierbas que lo retenían.

El viento lo ayudó pues, en el momento en que el zapatero tiraba de sus patas, una ráfaga movió las plantas y el insecto pudo soltarse. Con rapidez fue hacia la libélula y poniéndose debajo de ella comenzó a avanzar hacia la orilla, llevándola con gran esfuerzo sobre él. Al llegar a la orilla la dejó en una hoja que



caía sobre el agua. La libélula estaba viva y poco a poco fue recuperándose a medida que sus alas se iban secando.

Cuando pudo ponerse de nuevo sobre sus patas miró al zapatero avergonzada.

-Me has salvado la vida, a pesar de que yo no te ayudé cuando estabas en apuros y me reí de ti porque no podías volar.

-Es verdad, contestó el zapatero, pero me alegro de haberte salvado. Dime ¿viste algo cuando estabas en el agua boca abajo?

-Si, vi lo que en mi rápido vuelo nunca puedo ver: los pececillos y renacuajos, las plantas acuáticas y las piedras de colores. Es maravilloso lo que ves desde tu lugar en la poza. Si quieres podemos ser amigos y yo podría contarte lo que veo en mis vuelos alrededor de la poza y el río.

El zapatero estuvo encantado de ser amigo de la libélula. Juntos compartieron buenos momentos alrededor de la poza. El zapatero le hablaba del

murmullo del agua, de los seres que viven dentro de la poza y de las ondas de colores que se forman cuando el sol se refleja en el agua. La libélula le contaba sobre los pajarillos que se acercaban volando a la ribera del río, de las mariposas multicolores y de las flores que había entre las hierbas.

Y la libélula nunca más volvió a reírse del zapatero.





Era una fresquita mañana de verano. El mar estaba en calma y algunos niños ya estaban jugando con las olas cerca de la orilla. Desde un pequeño acantilado se adentraba en el mar un espigón de rocas donde, a veces, los pescadores ponían sus cañas.

El abuelo de Julieta era pescador, y ella había ido muchas veces con él al espigón. Desde allí podían verse las barquitas amarradas en la pequeña ría desde la que también el abuelo salía al mar, cuando no había temporal. La barquita del abuelo se llamaba como ella, "Julieta", en honor a su nieta preferida. La niña recordaba cómo su abuelo la había subido muchas veces en "Julieta", llevándola hasta el final de la ría. Pero nunca había querido llevarla mar adentro, a pesar de que la niña se lo había pedido muchas veces.

-Todavía no- decía su abuelo.



Y su nieta no insistía, se conformaba con que la llevara a través de la ría. Julieta quería mucho a su abuelo y le encantaba verle fumar en su pipa de la que salía ese humo tan oloroso.

-Abuelo, es como si en la barca tuviéramos una chimenea- decía divertida la niña. Entonces, el abuelo se reía y soltaba un buen chorro de humo de la pipa.

Últimamente el abuelo no salía mucho a pescar. El invierno había sido muy lluvioso y frío y sus huesos se habían resentido. Pasaba muchas horas sentado a la puerta de la casa, bajo un gran camelio, mirando al mar.





La mamá de Julieta estaba siempre atenta a él, y al atardecer le decía:

-Padre, entre ya en la casa que el fresco puede hacerle daño.

Pero el abuelo no quería entrar hasta que el último rayo del sol no hubiera desaparecido del horizonte. En esos momentos del atardecer la nieta se sentaba junto al abuelo y como él miraba al cielo.

-Abuelo ¿adónde se va el día que hoy ya termina?- preguntó Julieta un día.

El abuelo miró con cariño a su nieta y le respondió.

-El día que hoy termina no se va, se queda.

-¿Adónde abuelo?

-Se queda en todo lo que hemos hecho y vivido en este día: en tus juegos, en tu sonrisa, en el trabajo de tus papás y también en el abrazo grande que te voy a dar ahora. El abuelo abrazó con cariño a su nieta, que se sintió muy feliz.

El anciano esa noche, como todas las noches, le



contó un cuento a Julieta. Pero al despedirse para ir a dormir se sentó junto a la niña con algo entre sus manos.

-¿Qué es eso abuelo?

Era una caja de madera envuelta en un paño. El abuelo la guardaba como un tesoro desde hacía muchos años. Al quitar el paño de encima la niña reconoció la caja.

-Abuelo, esa es la caja de madera de sándalo que tallaste cuando eras joven y en la que guardas recuerdos de la abuela.

La abuela de Julieta se había ido al cielo hacía ya mucho tiempo. Fue antes de que ella naciera, pero el abuelo le había hablado mucho de ella y le había dicho que sus ojos eran igualitos que los de la abuela.

El anciano esa noche hizo algo inesperado. Regaló a su nieta la caja de sándalo con los recuerdos de la abuela dentro.

-Abuelo, estos son tus recuerdos y se que los quieres



mucho.¿Por qué me los das?

-Yo ya no los necesito, Julieta. Dentro de poco iré a reunirme con tu abuela y no podré llevarme la cajita de sándalo.

Julieta se entristeció al escuchar al abuelo. Quería que él siempre estuviera a su lado. Pero el abuelo la abrazó y le dijo:

-Mañana te llevaré a la ría, quiero enseñarte algo.

La niña se durmió con la ilusión de ir con su abuelo a la ría. ¿Qué sería aquello que el abuelo quería enseñarle?

Julieta se despertó pronto y ayudó a preparar el desayuno. Hizo con esmero las tostadas, tal como a su abuelo le gustaban, y preparó el café cargado que su papá tomaba antes de irse a trabajar en la lonja del pescado.

Abuelo y nieta fueron caminando despacio hasta el lugar donde estaba amarrada la pequeña barca "Julieta". Hacía mucho tiempo que no navegaban juntos, y los dos estaban muy contentos.



El abuelo remaba despacio y poco a poco fueron avanzando por la ría. Pero esta vez, al llegar al lugar donde la ría se abría al mar, el abuelo no paró de remar ni dio la vuelta. Siguió remando mar adentro. Julieta se quedó muda de emoción ante el mar inmenso. Era como adentrarse en un cielo azul que lo envolvía todo. La ría se iba quedando lejos y la tierra que la rodeaba era sólo un pequeño punto en el horizonte.

-Abuelo, es maravilloso. Pero... da un poco de miedo.
-Así es, mi querida niña. Da un poco de miedo porque es desconocido. Pero si confías, ves que el mar nos abraza, nos acoge. Déjate mecer por su oleaje, Julieta.

La niña se quedó así, junto a su abuelo dejando que en sus ojos se juntaran el azul del mar, con el azul del cielo, formando una campana celeste que le acunaba y le mecía. Se quedó dormida. En los siguientes meses la salud del abuelo empeoró, y Julieta y su abuelo no volvieron a salir más en la barca. Una noche al ir a dormir la niña fue a la cama del abuelo para darle las buenas noches y él, sonriente, le preguntó:



-¿Te acuerdas del último día que salimos a navegar?¿Recuerdas esa inmensidad del mar y el cielo que al principio te daba miedo y luego cuando te dejaste mecer te acunaba?

-Claro que me acuerdo, abuelo, y estoy deseando que volvamos allí.

-Querida niña, yo debo partir hacia esa inmensidad azul y desde ahí siempre estaré contigo. Julieta abrazó con fuerza a su abuelo. Sentía que le quería más que nunca.

A la mañana siguiente Julieta despertó temprano. Salió despacio de casa y se dirigió al embarcadero de la ría. La barquita del abuelo no estaba y Julieta sabía porqué.

Más allá de la otra orilla de la ría, allí donde el mar abierto comienza, había una inmensidad azul, que acogía y arrullaba. Allí había ido su abuelo a reunirse con su abuela. Julieta ya no sentía temor por aquella inmensidad azul. Su abuelo siempre estaría con ella, en sus recuerdos y en su corazón.



Las niñas del bosque

Esta es una historia muy antigua, tan antigua como las hadas. De esos tiempos primeros en los que los seres humanos vivían cercanos a los seres de la naturaleza y todavía podían oír sus voces.

En un bosque vivían tres hermanas con su anciana abuela. Los padres de las muchachas habían muerto siendo ellas muy pequeñas y la buena anciana se había quedado al cuidado de ellas. Las tres niñas ayudaban a su abuela en el cuidado de la humilde casita, de la única oveja que poseían y de un pequeño palomar. También tenían un huerto que les proveía de hortalizas en verano y un trozo de tierra en el que plantaban trigo que luego molían para poder hacer pan durante todo el año.

La niña mayor se llamaba Amapola y era alegre y vivaracha, le gustaba salir con la ovejita y dar largos paseos por el bosque; saltaba, corría y siempre estaba alegre.

La segunda hermana se llamaba Violeta, era voluntariosa y ordenada, molía el trigo, cuidaba el huerto y ayudaba

a su abuela en lo necesario.

La tercera hermana era la más silenciosa de las tres, su nombre era Azucena. Le gustaba encargarse de las palomas, a las que cuidaba con gran cariño y también gustaba de estar cerca de su abuela a la que quería mucho.

Las tres hermanas se querían y eran obedientes con su abuela.

En la noche, la buena anciana se sentaba con sus nietas a la luz de la lumbre. Las niñas hilaban y ella les iba contando historias.

Un día la abuela les dijo:

-Queridas, hoy voy a contaros la historia de vuestros antepasados.

Las niñas escucharon con más atención que nunca las palabras que salían de la boca de su abuela. La anciana les contó que una antepasada de ellas provenía del reino de las hadas y que por esa razón ellas podrían transformarse en palomas una Noche de San Juan,



para volar al Reino de las Hadas. Esto sólo podría suceder una vez en su vida y sólo debían hacer uso de ese poder por una razón noble.

Ese día, la Reina de la Hadas les permitiría entrar en su reino y también les obsequiaría con el agua pura de su manantial. Esa agua tiene el poder de devolver la salud y dar vida.

Pero la transformación en palomas solo sería posible si a las doce de la Noche de San Juan las niñas se encontraban a la orilla del mar. En ese momento sus cuerpos se harían livianos como el de los seres alados y suaves plumas blancas las cubrirían. Entonces una suave brisa marina las transportaría al Reino de las Hadas.

La abuela les hizo prometer a las niñas que nunca revelarían lo que les acababa de contar, ni lo utilizarían para un mal fin. Además les dijo que siempre deberían estar unidas y compartirlo todo. Las niñas prometieron a su abuela que así lo harían.

Pasó ese invierno que dio paso a la primavera y después al verano. Las niñas disfrutaban del bosque y se

ocupaban de sus tareas para tener luego con qué subsistir cuando llegara el frío y las nieves.

En otoño, recogieron avellanas silvestres que guardaron con esmero. Amapola recogía leña y la iba amontonando para cuando hiciera más frío, y Violeta se ocupaba de moler el trigo y guardar la harina en sitio seco, para que las lluvias y nieves no echaran a perder las espigas recogidas. Azucena pasaba largas horas en el altillo de la casa reforzando el palomar con ramas para que sus queridas palomas no muriesen de frío al llegar las heladas.

Una mañana, al levantarse, la abuela dijo:

-Ya está aquí el señor invierno.

Y la abuela nunca se equivocaba cuando hablaba del tiempo. El invierno llegó y con él las nieves. Ahora las niñas apenas podían salir de la casita y dedicaban gran parte de su tiempo a tejer con la lana de la oveja, que previamente habían hilado con paciencia. El invierno era tan crudo que la abuela consintió en que la ovejita se quedara dentro de la casa en las noches. Algunas veces hasta alguna paloma bajaba del palomar y se

acercaba al calor del hogar, junto a las niñas.

Una noche, cuando estaban reunidas alrededor de la lumbre escuchando las historias de la abuela, oyeron el aullido de un lobo. Las tres quedaron sobrecogidas de miedo. Atrancaron la puerta y apagaron la lumbre deseando que el lobo se marchara de allí cuanto antes.

Al día siguiente cuando la abuela abrió la puerta de la casa vio algo insólito: tumbado delante de la casa estaba el lobo.

Al principio la abuela se asustó pero después se dio cuenta de que la actitud del lobo era sumisa. El animal la miraba sin levantarse y sin mostrar ninguna fiereza. A partir de aquel día el lobo llegaba aullando en la noche y permanecía en la puerta hasta la mañana. Se quedaba allí hasta que la abuela y las nietas salían de la casita y después se marchaba. Las niñas fueron poco a poco tomando confianza con el lobo y se sentían protegidas por él, cuando en la noche le oían llegar y sentarse a la puerta.

Durante algún tiempo, el lobo no apareció y las niñas temieron que le hubiera sucedido algo malo. Azucena,

que era la que más se había encariñado con el animal, se acercaba a la puerta y miraba en la oscuridad de la noche, a través una ranura que había entre las tablas de madera. Una noche, cuando sus ojos se acostumbraron a esa oscuridad, pudo distinguir a lo lejos dos pares de ojos. Eran ojos de felino.

Azucena asustada llamó a Amapola, y ésta al mirar por la ranura de la puerta dijo:

-Ahí hay dos grandes animales. Será mejor que llamemos a la abuela.

La abuela estaba encendiendo la lumbre y después de mirar por la rendija dijo a sus nietas:

-Un lince y un león acechan nuestra morada. Atrancaremos la puerta y no saldremos de ella hasta que no se hayan marchado.

Durante varios días los dos animales siguieron acercándose a los alrededores de la casa durante la noche. En la mañana se marchaban y no volvían a acercarse hasta que el sol se ocultaba.

Un día cuando, por la mañana, la abuela abrió la puerta



de la cabaña encontró a los tres animales- el lobo, el lince y el león- tumbados delante de la casa en actitud pacífica. Estaban juntos como si los tres fueran de la misma especie y miembros de una misma familia.

-Queridas niñas -dijo la abuela -yo soy ya muy anciana y he visto muchas cosas a lo largo de mi vida, pero nunca vi algo igual. Alguna razón desconocida les trae hasta aquí y me parece que no nos harán ningún daño.

Los tres animales siguieron llegando cada noche, durante todo el invierno. Las niñas se hicieron amigas de las tres fieras, pero un buen día dejaron de llegar en la noche a la casita del bosque.

Las niñas echaban de menos la llegada de los animales, pero se entretenían cogiendo setas y flores, llevando a la ovejita a comer hierba y trabajando en el huerto. Una mañana la abuela no se levantó la primera, como de costumbre. Cuando las niñas se despertaron no olía

a pan recién horneado. Fueron corriendo a la cama de la abuela y la encontraron con los ojos cerrados.

-¡Abuela, abuelita! llamaron las tres hermanas.

La anciana apenas pudo abrir los ojos para decirles a sus nietas:

-Queridas niñas vuestra abuela está muy enferma. Creo que voy a morir.

Sin fuerzas la abuela volvió a cerrar los ojos. Las niñas se miraron asustadas.

-Algo debemos hacer- dijo Amapola.

-Buscaremos el reino de la hadas- dijo Violeta.

-Traeremos el agua de su manantial y le devolveremos la salud a la abuela-dijo Azucena.

Esa noche era la Noche de San Juan, y las niñas sabían que era su única oportunidad para salvar a su abuela. No conocían el camino para llegar hasta el mar. Nunca habían salido de ese profundo bosque y habían escuchado decir a la abuela que el mar se encontraba muy lejos de allí. Pero ellas estaban decididas a salvar a su abuela y con valentía salieron de la casa en busca del agua pura del manantial de las hadas. Dejaron a su abuela con la compañía de

la ovejita y de las palomas y se marcharon.

Al salir de la cabaña el corazón de las tres dio un salto de alegría. Allí delante de su morada se encontraban el lobo, el lince y el león. Al ver a las niñas los tres hincaron sus patas delanteras en el suelo, para que las muchachas pudieran subir a sus lomos y comenzaron a correr atravesando el bosque a gran velocidad.

Al salir del bosque siguieron atravesando montes y llanuras; ríos y lagos de distintos reinos. Por fin, ya entrada la noche y bajo un cielo lleno de estrellas llegaron a la orilla del mar.

Las niñas quedaron boquiabiertas al ver la inmensidad de aquel oscuro mar y en ese mismo instante quedaron convertidas en tres blancas palomas que se alejaban de la orilla, rumbo al reino de las hadas.

Volaron durante mucho tiempo hasta llegar a una isla maravillosa. Era una isla envuelta



en nubes en la que, sin embargo, lucía un bello sol. Había muchas flores y plantas y en el centro un palacio de cristal.

Allí fueron recibidas por la reina de las hadas, que les habló de su abuela y de todas sus antepasadas que también habían estado allí. Luego las acompañó al manantial donde brotaba el agua de vida. Estaba en lo profundo de una cueva custodiada por elfos y ondinas. Las niñas sentían una gran emoción de poder estar allí, un lugar donde los seres humanos ya no podían llegar. La reina de las hadas cogió agua en un frasquito de cristal, que colgó en el cuello de Azucena, y les dijo:

-Ahora debéis volver pronto junto a vuestra abuela y darle de beber esta agua. También dejaréis beber un poco a los buenos animales que os llevaron hasta la orilla del mar. Vosotras nunca más podréis volver a este reino, pero siempre recordaréis este mundo que un día también fue el vuestro. Las niñas agradecieron a la reina de las hadas los bienes recibidos y se marcharon transformadas de nuevo en blancas palomas.

Al llegar de nuevo a la orilla del mar recuperaron su forma humana y subieron a lomos de sus queridos animales,



que las transportaron velozmente hasta la casita del bosque. Dieron a beber un sorbo del agua del manantial del Reino de las Hadas a su abuela y esta rápidamente recuperó la salud y la alegría.

Las muchachas salieron fuera, donde los tres animales estaban tumbados. Como les había indicado la reina de las hadas, dieron un poco de agua a las fieras: primero al león, después al lince y por último al lobo. Al punto, los tres se convirtieron en tres apuestos príncipes. Los tres jóvenes habían estado durante años bajo el hechizo de un malvado brujo y ahora, gracias al agua de vida, habían podido recuperar su forma humana.

El hermano menor, que había sido transformado en lobo, pidió la mano de Azucena; el hermano mediano que había sido transformado en lince, pidió la mano de Violeta y el hermano mayor, que había sido transformado en león, pidió la mano de Amapola. La abuela fue muy feliz de ver casarse a sus nietas con los tres príncipes en el palacio del rey.

Desde entonces todos vivieron felices una larga, larguísima vida. Y colorín, colorado, este cuento se ha acabado.



El caballito de mar



Érase un caballito de mar, que se movía lentamente por las templadas aguas marinas. Le gustaba dejarse llevar por las corrientes y de vez en cuando enganchar su cola a las algas. Entonces su cuerpo tomaba el color de las plantas del mar y el caballito se volvía invisible a los ojos de los peces y otros seres marinos.

El caballito tenía un amigo, un alegre pez de colores. Juntos recorrían los corales, entraban en las cuevas del arrecife y atravesaban los bosques de algas.

Aquella mañana el pececito buscó, agitado, al caballito de mar.

-¡Amigo!, he descubierto un monstruo en el fondo del mar. Es muy grande pero no se mueve. Otros peces grandes se han acercado para verle pero yo soy pequeño y me da miedo.

El caballito de mar tranquilizó al pececillo. Era un



caballito de mar viejo y ya había visto muchas cosas a lo largo de su vida, así que no se asustó por lo que el pececillo le contaba.

-Querido amigo yo no puedo avanzar tan rápido como tú. Los caballitos de mar sólo podemos avanzar agitando la aleta que tenemos detrás. Pero si quieres que te acompañe, iré contigo a ver a ese monstruo del que hablas.

Los dos amigos se dirigieron al lugar donde el pececillo había visto al terrible monstruo. Al llegar allí el pececillo gritó:

-Miiira ¿Lo ves allí en el fondo?

-Pero mi querido amigo, aquello no es un monstruo, es un barco hundido.

-¿Qué es un barco?

-Los barcos son cáscaras gigantes que los hombres utilizan para hacerse a la mar y pescar.

-Y ¿qué pescan los hombres?, preguntó el pececillo asustado.

-Pescan peces.

-¿Queeee ?





El pececillo sí que estaba ahora asustado de verdad. Comenzó a agitar sus aletas y a nadar sin parar haciendo círculos y piruetas.

-Tranquilízate pececillo, los hombres sólo pescan peces grandes, tu eres todavía chiquito como para quedar atrapado en sus redes. Y ahora que sabes que no se trata de un monstruo, si quieres podemos acercarnos a inspeccionar el barco. Puede ser divertido.

Los dos amigos nadaron en dirección al barco. Se trataba de una fragata muy antigua. Entraron por la popa, a través de unas ventanas cuyos cristales habían desaparecido hacía ya mucho tiempo. Recorrieron algunos camarotes y volvieron a salir a la cubierta del barco.

El pececillo estaba encantado jugando a dar vueltas entre la rueda del timón. El palo mayor estaba roto y caído sobre la cubierta encima de pesados cofres cerrados.

-Ven aquí pececillo, esto te gustará. Le dijo el caballito de mar, que había encontrado unos enormes cañones.

-Este era un barco de guerra, dijo el caballito.



-¿Un barco de guerra?

-Si, los hombres han hecho muchas veces guerras en el mar. Este barco fue hundido en una de esas guerras hace muchísimos años.

El pececito estaba emocionado y confuso. No conocía a los hombres, pero le parecía que estos hacían cosas que a él le daban miedo.

Siguieron entrando y saliendo en las distintas estancias del barco. El pececillo sentía gran curiosidad y se divertía con todo. El ancla le pareció un columpio y daba vueltas alrededor de su cadena sin parar.



El caballito de mar estaba ya cansado de tanto juego y dijo a su amigo:

-Pececillo creo que ya debemos irnos, si quieres otro día podemos volver.

Pero el pececillo quiso dar una vuelta más alrededor del barco y el caballito accedió.



Los dos comenzaron a dar la vuelta alrededor del casco del viejo barco. Y entonces sucedió algo terrible. El caballito de mar no se dio cuenta de que entre la pala del timón y el farol de popa había quedado enganchada una red de pescadores. Una red que hacía mucho tiempo habría sido tirada al mar por los hombres.

Al avanzar, el caballito quedó atrapado en la red. El pececillo sin percatarse de ello siguió su marcha alrededor del barco. Al pasar por donde estaban los cañones se dio la vuelta para decirle al caballito:

-Los cañones asustan, ¿verdad?

Entonces vio que el caballito no estaba. Velozmente nadó retrocediendo el camino alrededor del casco del barco. Al voltear la popa lo vio. Vio a su amigo enredado en la red. Sus branquias se agitaban, una aleta estaba rota y el caballo de mar, asustado, parecía perder la vida por momentos.

-Caballito ¿qué te pasa?, sal de ahí, amigo.
-No puedo, pececillo. Los hombres, a veces, tiran las redes cuando ya están viejas. Estas redes se



convierten en trampas mortales para los seres que vivimos en el mar.

-Dime qué debo hacer para salvarte, caballito. Tú siempre sabes qué se debe hacer. Quiero sacarte de ahí y salvarte de las redes de los hombres.

-Pececito, amigo mío, no es fácil salir de aquí. Cuanto más lo intento más me aprisiona la red dañando los anillos de mi cuerpo. Mi aleta se ha roto y no puedo nadar.

- No me iré de aquí sin ti. Entraré en la red y te sacaré.

-¡No lo hagas! Si entras en la red los dos quedaremos atrapados. No sacrifiques tu vida inútilmente amigo. Ve y busca la ayuda del pez espada. Suele nadar cerca de una cueva que siempre está custodiada por morenas. Ten cuidado pececillo que las morenas son muy peligrosas, si te ven intentarán comerte.

El pececillo nunca se había aventurado solo por aquellos lugares tan lejos del arrecife. Pero no lo dudó ni un instante, salió nadando velozmente en dirección al lugar donde solía nadar el pez espada. En la puerta de la cueva estaban acechando las morenas. El pececillo, asustado, se escondió entre unas algas y observó a las temibles morenas, deseando que el pez espada apareciese nadando



por allí. Sabía que debía encontrarlo rápido pues el caballito no podría resistir mucho atrapado en aquella red. Entonces lo vio, venía nadando con rapidez y al aproximarse a las morenas estas huyeron asustadas.

El pececillo salió de su escondite y cuando el pez espada pasó cerca de él se puso encima de su cabeza. Este le gritó indignado:

-¿Cómo te atreves pececillo insignificante? baja de ahí y verás cómo te zampo de un solo bocado.

-No, señor pez espada, no me coma usted. Vengo de parte de su amigo el caballito de mar. Está atrapado en la red de los hombres y me envía para que usted pueda ayudarlo.

El pez espada nadó con rapidez hacia donde el pececillo le había indicado. El caballito de mar estaba ya muy débil. Sus ojos se abrieron lentamente al ver a sus amigos. El pez espada se puso enseguida a trabajar. Con su espada iba cortando la red, pero con mucho cuidado para no dañar al caballito y para que la red no lo aprisionase cada vez más.

El pececito quería ser útil y cada vez que el pez



cortaba un trozo de red le decía a su amigo:

-¡Ánimo caballito, ya queda poco!

Finalmente, el caballito de mar quedó liberado de las garras de esa terrible maraña de cuerdas que lo aprisionaban. Su cuerpo estaba herido y su aleta rota. Pero podría recuperarse y volver a nadar.

El pececito no comprendía por qué los hombres habían hundido barcos en el mar disparando sus cañones. Tampoco comprendía por qué tiraban redes en las que quedaban atrapados muchos seres vivos del mar, como le había sucedido a su amigo.

El pececito pensó que los hombres no harían esas cosas si conocieran bien las maravillas del mar: sus peces de todos los colores, las estrellas de mar, las tortugas, los corales, las plantas marinas... y sobre todo los delicados caballitos de mar.

Todos los días el pececillo visitó a su amigo hasta que éste estuvo completamente recuperado y pudieron de nuevo salir a nadar y jugar juntos.



Érase una vez un conde que tenía tres hijos. Era ya muy anciano y se encontraba arruinado. Había habido muchas guerras en el país y el condado se hallaba empobrecido y abandonado.

Cuando llegó la hora de su muerte el conde sólo tenía, para dejar a sus hijos, tres caballos. Eran tres magníficos animales: uno blanco como la nieve, otro rojo como el fuego y el tercero negro como la noche.

Fue llamando a sus hijos, uno a uno, a sus aposentos y les habló por última vez. El caballo negro lo entregó al hijo mayor y le dijo:

-Hijo mío, este es un caballo inteligente que podrá llevarte a alcanzar fortuna, si sabes guiarle. Si lo olvidas, el caballo sufrirá y enfermará.



El caballo rojo lo entregó al hijo menor al que le habló de esta forma:

-A ti te entrego este hermoso corcel, su sabio instinto sabrá llevarte por el buen camino. Déjate guiar y cuídale, si no lo haces el caballo enfermará y morirá.

El caballo blanco se lo entregó al hijo pequeño, por el cual el padre sentía un cariño especial.

-Querido hijo, a ti te entrego este caballo blanco, como la luz de la mañana. Es un caballo noble, fiel y sabio. No te apartes de su lado y un día podrás ser rey.

El padre murió, y después de darle sepultura los hermanos se despidieron para ir a buscar fortuna.

El hermano mayor llegó a una ciudad en fiestas donde había llegado mucha gente de otras ciudades y pueblos del reino. Pensó que allí podría hacerse rico fácilmente.

Dejó a su caballo en un establo, cogió la silla de

montar y se marchó al mercado. La plaza estaba llena de gente que compraba y vendía: alimentos, telas, vasijas, animales, calderos de cobre... La gente estaba muy animada y la música de los trovadores se extendía por las calles, mezclada con la algarabía de los titiriteros. Contento el muchacho gastó sus últimas monedas en comer y beber y se dijo a sí mismo: "Venderé la silla de mi caballo y con el dinero que me den compraré una espada con la que lucharé a las órdenes de quien me pague bien y ganaré una gran fortuna". Estaba ensimismado con estos pensamientos cuando un anciano se le acercó y le dijo:

-Joven ¿es suyo un corcel negro que se encuentra en la cuadra del herrero?

-¿Y a usted qué le importa viejo?

-Hijo, te lo digo porque al pasar por allí he visto que ese caballo está enfermo.

-Déjeme en paz, a mi caballo nada le pasa. No se meta en mis asuntos- contestó airado el muchacho.

El joven no quiso hacer caso del anciano y lo despidió con malos modos. Después de varios días consiguió vender su montura y con ella comprar una espada,



pero cuando fue a coger su caballo lo encontró tumbado en el establo. Estaba enfermo y sin fuerzas. El joven tuvo que dejar su espada al dueño de la cuadra a cambio de que cuidara del caballo durante el tiempo necesario, mientras él seguía solo su camino. Había olvidado las palabras de su padre y ahora, en lugar de encontrar fortuna, se veía obligado a vagar de un lado para otro sin nada que llevarse a la boca.

El segundo hermano había llegado a un cruce de caminos en el que se encontraba un enano sentado sobre una piedra.

-¿Conoces estos lugares? preguntó el joven al enano.
-Puede que sí y puede que no, dijo el enano.
-No me contestes con acertijos y dime qué camino debo tomar pequeño enano insolente.

-¿Qué es lo que buscas?
-Y ¿tú que crees? Busco fortuna.
-El camino de la derecha lleva a un valle fértil donde crecen sanas las cosechas y corren frescos los arroyos. El camino de la izquierda lleva a una zona pantanosa donde dicen que bajo de sus aguas hay pepitas de oro como granos de trigo. Pero sus aguas





son fétidas y sus arenas movedizas. Muchos llevados por la avaricia se han adentrado en los pantanos y nunca más han salido de allí.

El joven no lo pensó ni un momento. Cogió las riendas del caballo y se dirigió hacia el camino de la izquierda. El caballo se negaba a obedecer a su amo, levantando sus patas delanteras casi tiraba al muchacho que, agarrado a las riendas, comenzó a dar con fuerza a sus espuelas hiriendo al animal.

El enano dando volteretas dijo canturreando:

"Caballo listo, con buen instinto,
Tonto muchacho a los pantanos,
Buscando brillos pierde el camino
Tonto muchacho, caballo listo".

El joven, enojado, dio con el látigo al enano y después al caballo, al que espoleó con fuerza y dirigió al galope hacia el pantano. El sendero boscoso hacia la zona pantanosa se iba haciendo cada vez más sombrío. El caballo caminaba ahora lento y cabizbajo, resoplando como si le faltaran las fuerzas. El camino se perdió en una tierra cada vez más húmeda hasta

llegar al pantano donde las pezuñas del animal se hundían en la ciénaga, cubierta de niebla. Al final el caballo se detuvo sin poder seguir adelante.

El joven se lanzó a las aguas pantanosas hundiéndose en ellas en busca de las pepitas de oro, pero allí sólo encontró fango. Entonces miró a su caballo que a lo lejos resoplaba débilmente. Se dio cuenta, asustado, de que le sería muy difícil sacarle de aquel pantano y de que si no lo hacía, éste moriría en aquel horrible lugar.

Mientras tanto, el hermano pequeño había llegado con su caballo a un reino apartado. Los campos estaban agostados por una gran sequía, los árboles eran ramas secas sin frutos y los riachuelos estaban sin agua desde hacía ya mucho tiempo.

Al llegar al castillo donde vivía el rey este le contó la desgracia en la que se hallaba sumido su reino. Su hija, la princesa Layla, había sido raptada una noche y desde entonces no había vuelto a llover en el reino. Junto a la tristeza de haber perdido a su hija, el rey tenía que soportar también la pena de ver cómo iba desapareciendo toda la vida y la alegría de su reino



a causa de la sequía.

El muchacho, que era de corazón valeroso, le dijo al rey:

-Majestad buscaré a vuestra hija y la traeré a vuestro lado, para que la vida surja de nuevo en vuestro reino y en vuestro corazón.

El joven salió del castillo sin saber hacia dónde dirigirse. Recordó las palabras de su padre y dejó a su caballo andar y trotar a su antojo, pensando que tal vez su noble amigo supiese encontrar el camino adecuado para hallar a la princesa.

El caballo se dirigió hasta donde la tierra no continuaba y comenzaban las olas del mar. El muchacho vio desde la orilla una pequeña isla en el horizonte. No había barcos en aquella costa así que pensó que si la princesa estaba en aquella isla sería difícil llegar hasta allí.

Para su sorpresa, el caballo no se detuvo en la orilla. Avanzó galopando primero y después nadando en dirección a la isla. Cuando llegaron a la playa no

encontraron a nadie, sólo una fortaleza encima de un montículo que no parecía tener puerta de acceso. El caballo se dirigió hacia el muro de la fortaleza y lo rodeo galopando, hasta detenerse y golpear con sus pezuñas en una zona del muro. Entonces una puerta se abrió y caballo y jinete entraron.

Se encontraban en un gran laberinto, de paredes tan estrechas que el caballo no podía pasar por él.

-Querido caballo, me has guiado hasta aquí, pero ahora debo seguir solo hasta rescatar a la princesa.

El joven se internó en el laberinto y caminó sin descanso intentando encontrar la salida. Pero cuando se hizo de noche todavía no lo había conseguido. Exhausto, se tumbó para descansar, quedándose completamente dormido en pocos minutos.

El muchacho soñó que encontraba a su caballo y este caminaba delante de él hasta llevarle a la salida del laberinto. Al despertar por la mañana el muchacho hizo el recorrido que había hecho en sueños con su caballo y dio con la salida. Ante él encontró la puerta abierta de un castillo cuyas paredes eran de oro. Un



anciano le recibió en la puerta y le dijo:

-Al conseguir llegar hasta aquí has destruido el poder maléfico que mantenía estas puertas cerradas, ahora puedes pasar y subir a los aposentos de la princesa, donde ha permanecido encerrada todos estos años.

El joven rescató a la princesa Layla que era bella como una noche estrellada. Juntos volvieron a lomos del caballo blanco hasta el reino de su padre. El rey recibió con alegría a su hija que se casó con el hijo menor del conde. Este mandó buscar por todo el reino a sus hermanos y a sus caballos enfermos.

Los dos hermanos estaban arrepentidos de su comportamiento con los caballos y los cuidaron en las caballerizas reales hasta que se restablecieron completamente.

Las lluvias volvieron al reino y todo recuperó su verdor y alegría original.



La aldea en las montañas

Ismael era un niño que apenas tenía diez años, sus ojos eran de color miel, como el color de la tierra donde había nacido.

La aridez de los montes que les rodeaban anunciaba ya el desierto que todavía se encontraba lejos. Las pequeñas casas de la aldea estaban rodeadas de cactus, chumberas y algunos algarrobos que los lugareños habían plantado. Delante de su casa había un olivo viejo que daba olivas para hacer aceite, un almendro y una gran higuera.

En aquella aldea de casas dispersas sus habitantes habían plantado algunos árboles que les ayudaban a sobrevivir, pero alrededor todo era árido y seco.



Sólo había algunos setos de monte bajo y unos pocos eucaliptos en la falda de la montaña. Pero Ismael amaba su tierra, la tierra donde había nacido y donde habían nacido sus antepasados.

Al atardecer veía como su abuelo se sentaba delante de la casa y miraba el árido valle. La mirada de su abuelo era limpia y agradecida.

-Mira esta tierra Ismael, le decía el abuelo casi en un susurro. Es la tierra de nuestros padres y es la que Dios nos ha dado para vivir. Debemos cuidarla pues ella nos cuida a nosotros.





A Ismael le encantaba ir con sus amigos de la aldea a jugar por el monte, pero en esta hora del final del día le gustaba estar allí sentado junto al abuelo. Hasta que el cielo se quedaba oscuro y cientos de estrellas brillaban en el firmamento. Entonces el muchacho se sentía protegido, no sólo por el abuelo y el resto de su familia, sino por esa tierra a la que pertenecía y ese cielo inmenso ante el que él se sentía muy pequeño.

La vida en aquellas montañas era muy dura. Su padre apenas ganaba lo suficiente para poder mantener a su familia. La sequía había sido mayor que la de otros años, y nada pudo sacarse de la tierra.

Una noche el padre les dijo a la hora de la cena:

-Ya no podemos seguir viviendo aquí. Debemos marcharnos a la ciudad más cercana donde pueda encontrar un trabajo con el que manteneros. Mañana, al amanecer, partiremos.

La madre de Ismael lloraba en silencio y a sus hermanos y a él mismo se les hizo un nudo en la garganta. Pero el que más triste estaba era el abuelo.



Salió y se sentó como cada noche mirando al valle. Con su mirada recorrió ese paisaje familiar como despidiéndose de cada risco, arbusto o ser que allí habitase.

El abuelo había nacido en aquellas montañas y allí había vivido toda su vida. Su nieto le cogió la mano, y el abuelo le habló con serenidad:

-Hijo, no olvides nunca que nosotros somos una parte de la Tierra. Cuídala siempre, no por lo que ella te dé, sino porque ella es nuestra gran madre.

A la mañana siguiente Ismael y su familia salieron de la aldea. Tomaron el serpenteante sendero que iba descendiendo por la árida montaña. Sentado en el carro, el chico miraba la aldea alejarse cada vez más, hasta que en una de las revueltas del camino desapareció por completo.

Ismael ya era un chico mayor, había cumplido diez años en primavera, y no quería llorar. El abuelo no lloraba, así que él tampoco lo hizo. Poco a poco se fue quedando dormido con el traqueteo del carro. Soñó que estaba delante de su casa, en la aldea, y



le prometía a la tierra que volvería, que volvería un día y nunca más se marcharía de allí.

Durmió durante muchas horas, y cuando se despertó estaban atravesando un pueblo. Ismael nunca antes había salido de las montañas, así que se quedó boquiabierto al ver tantas casas, tanta gente y tanto ajetreo.

Se alejaron un poco del camino y pararon para comer algo que su madre había preparado. Entonces, el niño se dio cuenta de que el paisaje había cambiado. Ya no se veían elevadas montañas, todo era más llano aunque seguía siendo árido. El aire ya no olía a monte, y en lugar de grillos y silencio se escuchaban ruidos del camino.

Al anochecer llegaron a la ciudad. Ismael no había visto nunca tantas luces ni casas de varias plantas. El chico estaba entusiasmado por todo aquello que era nuevo para él, pero también sentía temor ante un lugar tan distinto al que él conocía. Aquella era una pequeña ciudad, pero para Ismael y su familia era un lugar extraño y diferente.



Al día siguiente estuvieron muy ajetreados instalándose y al atardecer el abuelo salió delante de la casa y se sentó como todos los atardeceres. Pero sus ojos ya no veían el valle y los montes, sino otras casas. Sus oídos escuchaban ruidos de motores y su nariz olía a humo y no a tomillo y tierra. Ismael le dijo a su abuelo:

-Tú me dijiste que somos parte de la Tierra, pero ¿donde está ahora la Tierra?

El abuelo estaba tan triste como el niño, pero con ánimo le dijo a su nieto:

-La Tierra nos sustenta allí donde estemos, en una tierra árida y en una fértil, en el campo y en la ciudad. Ella siempre nos cuida, pero debemos cuidar también de ella, incluso aquí en las ciudades. Aprende a ver a la Tierra también aquí, en medio de la ciudad.

Las palabras del abuelo eran como las estrellas, que nunca se extinguen. Las palabras del abuelo daban fuerzas a Ismael.

A la mañana siguiente se levantó dispuesto a



encontrar a la Tierra en la ciudad. Pero Ismael sólo encontró fábricas que echaban humo, coches, ruidos y prisas. Agotado, se sentó en un banco de madera y entonces se dio cuenta de que estaba delante de un parque. No eran sus montañas pero eran fuertes árboles y bellas flores. Sintió alegría por esos árboles y tristeza por todo lo que dañaba a la Tierra en la ciudad.

Entonces se acordó de sus montañas a las que había prometido no olvidar. Quería decirle a la Tierra que nunca se olvidaría de su promesa y por eso esa noche Ismael se quedó hasta tarde escribiendo una carta que decía:

"Querida Tierra, los seres humanos no podemos atrapar el brillo de una estrella, ni el reflejo del sol en el agua. Los hombres no podemos apropiarnos de la vida de los árboles y los montes, el abuelo me lo ha enseñado. En la aldea no teníamos muchas cosas pero era suficiente: tú nos dabas olivas y almendras; el aire era limpio y nadie te hacía daño. Yo sólo soy un niño pero el abuelo me ha enseñado que si te hacemos daño, ese daño nos lo hacemos a nosotros mismos, porque estamos unidos a ti y a los demás



seres. Yo voy a cuidarte y a todos los seres que viven en ti. Cuando sea mayor seguiré cuidándote y un día volveré a la aldea y a tus montañas".

Paso mucho tiempo e Ismael se hizo mayor. Había aprendido a cuidar la Tierra y a proteger a los seres vivos.

Un día volvió a la aldea en las montañas. Volvió para quedarse a hacer de aquel lugar un sitio donde poder vivir. Construyó un aljibe y plantó olivos; y al atardecer siempre se sentaba delante de su casita. Entonces su hijo pequeño se sentaba a su lado y él le hablaba del abuelo y de la madre Tierra que a todos nos cuida.



El petirrojo

En un bosque de pinos altos vivía una familia de petirrojos. Entre los arbustos de espinos y enebros tenían su nido, en la grieta del tocón de un viejo árbol. Volaban alegremente en los alrededores.

Esa primavera habían nacido cuatro polluelos, y mamá y papá petirrojo estaban muy ocupados en dar de comer a sus crías. Constantemente les traían lombrices pequeñas y orugas verdes. De entre todos los polluelos había uno más manso y curioso que los demás. Papá petirrojo defendía el territorio de intrusos con bellos y melancólicos trinos que los pequeños iban aprendiendo.

Un día, el petirrojo manso estaba distraído ensayando vuelos cortos en el suelo, cuando escuchó a su madre acercarse en vuelo rápido hacia él emitiendo una nota de alarma, un insistente "tic-tic". Mamá estaba avisando a su pequeño de que una comadreja se



acercaba peligrosamente al pajarillo. Este voló con rapidez al nido y se quedó allí, asustado y con el corazón latiéndole a gran velocidad.

Las bayas de los espinos estaban rojas y al pajarito le gustaba volar en aquel arbusto, a la vez que intentaba cazar alguna araña. El pajarillo siempre miraba curioso hacia el suelo por si veía algún ciempiés y daba saltitos de rama en rama.

Un día desde su arbusto preferido vio unos seres que no había visto nunca y él, que era tranquilo y confiado, esperó que llegaran hasta donde se encontraba su territorio. Se quedó quieto para que no le descubrieran, disimulado entre el arbusto. Era una familia de seres humanos que vivían en una casa cercana y habían ido de paseo al bosque. El niño pequeño iba un poco rezagado y cuando pasó cerca del arbusto vio al petirrojo. Alargó su manita y la dejó quieta suspendida en el aire. El petirrojo voló de un salto a la pequeña mano y los dos se quedaron quietos. El niño miraba con asombro al pajarito y este miraba con curiosidad al niño. Entonces la mamá llamó a su hijo y al responder éste a su llamada el pajarillo salió volando.



El petirrojo





Como era verano muchas tardes el niño iba a pasear por el bosque con su papá. El pequeño se acercaba solo al arbusto y el pajarillo le seguía. A veces el petirrojo seguía al niño dando pequeños vuelos de rama en rama y comenzando a cantar trinos cortos y gorjeos. El niño se entretenía buscando pequeñas lombrices que ponía en el suelo y esperaba hasta que el pajarito las cogía y se las comía.

El papá del niño, al ver que este se había hecho tan amigo del petirrojo le contó que en cada nidada de petirrojos uno es muy manso y curioso. Este debía ser uno de esos, pero a veces eran tan curiosos que no se daban cuenta de que podía haber peligros para ellos en el bosque.

Una tarde, de final del verano, el niño estaba cogiendo piedrecillas y pequeñas piñas para llevarlas a su casa. El pajarito, curioso, lo estaba siguiendo dando cortos saltitos a su alrededor, cuando un joven gavilán se lanzó sobre él. En un primer intento el joven gavilán, que todavía era un inexperto cazador, falló. El pajarillo asustado dio un saltito y entonces el niño lanzó las piñas que tenía en su mano en dirección al gavilán, dando palmadas y gritos para que el ave de presa



se alejara. El pajarito asustado voló a su nido poniéndose a salvo.

El verano había llegado a su fin y el otoño se dejaba sentir ya en la naturaleza. Una tarde el niño fue con su familia, por última vez, al bosque. El pajarito estaba en el espino de siempre con sus plumas ahuecadas, pues la tarde era ya fresca. Pronto partiría a una zona algo más cálida para pasar el invierno; se iría de ese bosque al igual que el niño. El pequeño extendió su mano y, cómo hiciera el primer día en que se conocieron, el petirrojo voló encima. El niño se acordó del día en que lo salvó del joven gavilán y una lágrima se escurrió de sus ojos cayendo sobre el pico del petirrojo. El pajarito emitió un corto trino y con su piquito arrancó una plumita roja de su pecho, que dejó caer sobre la manita del niño.

El petirrojo voló, esta vez con un vuelo algo mayor, a la rama de un árbol. Desde allí vio como el niño se alejaba de la mano de su papá. La otra manita la llevaba en su bolsillo, cerradita. Con suavidad sentía, dentro, la pluma roja que su amigo el petirrojo le había regalado.



La espada de hierro

En un reino muy lejano vivían un rey y una reina que eran muy felices y que tenían un hijo de rubios cabellos y limpia mirada. El joven ansiaba más que nada en el mundo ser un caballero, salir al mundo para realizar grandes hazañas y salvar a princesas en peligro. Cuando cumplió los quince años se presentó ante su padre el Rey, y le dijo:

-Padre he escuchado que en un reino lejano un terrible dragón tiene atemorizados a sus habitantes. Destroza las cosechas y mata a las personas. Incluso ha raptado a la hija del rey y la tiene escondida en su guarida. Quiero ir a luchar con el dragón y liberar a la princesa. El padre dejó marchar a su hijo pero antes le dijo:

-Está bien hijo, si ese es tu destino debes partir. Pero debes saber que para ser digno de luchar contra las tinieblas que tienen retenida a la princesa, deberás



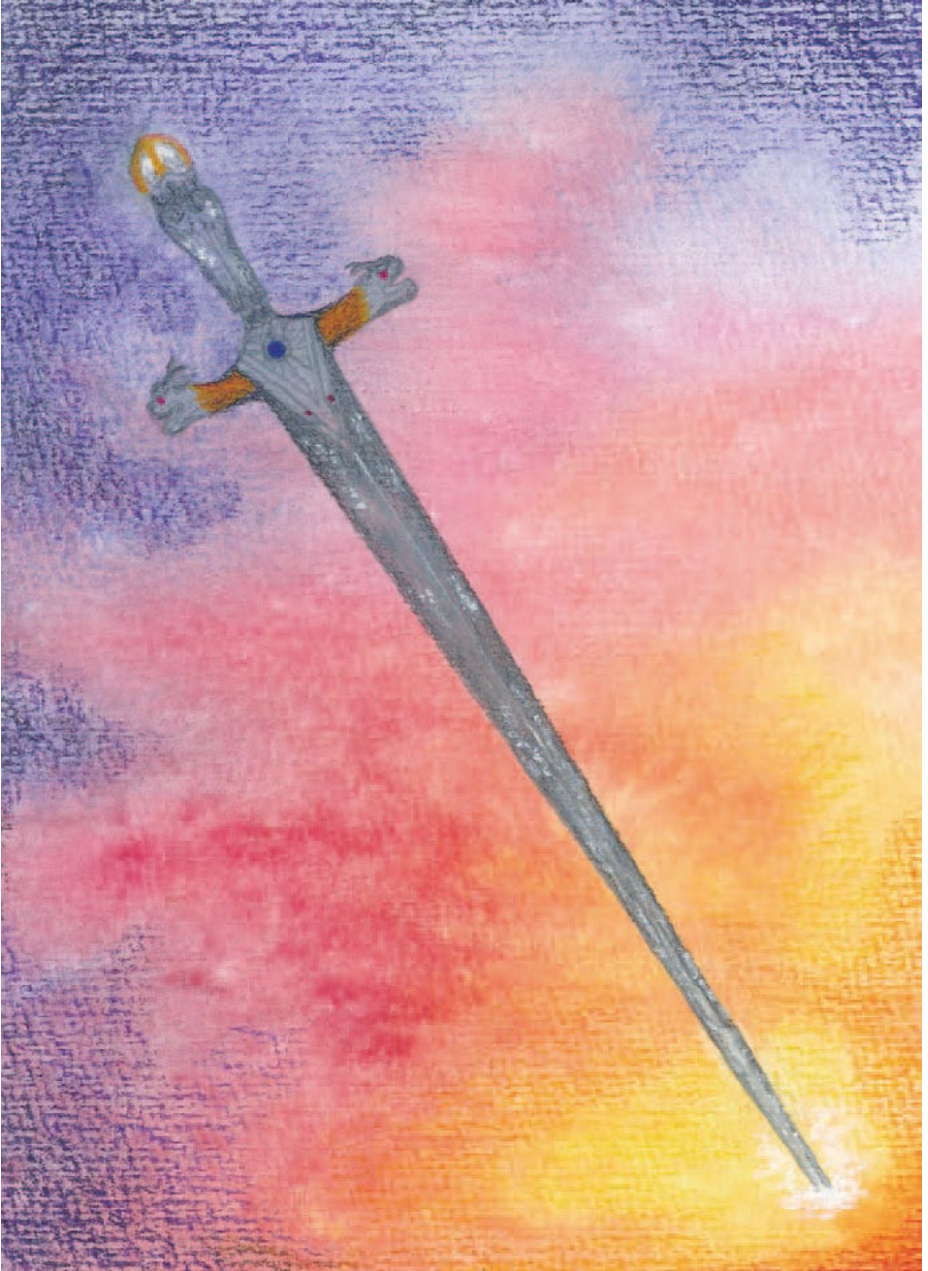
superar duras pruebas. Sólo entonces podrás hallar la espada para vencer al dragón y salvar a la princesa. -Padre, iré bajo el cielo azul y el firmamento estrellado, pasando todas las pruebas hasta encontrar la espada que me haga digno de luchar contra el mal.

Así partió el muchacho a la mañana siguiente. Después de cabalgar durante días por caminos fáciles y difíciles, por montes, valles y senderos, llegó al fin al reino dominado por el dragón.

Allí todo era tristeza y desolación. Ya no quedaban cosechas que el dragón no hubiera destrozado, ni familia donde no hubiera devorado a alguno de sus miembros.

El rey había prometido la mitad de su reino a quien fuera capaz de vencer al dragón y traer viva a la princesa. Pero nadie era capaz de enfrentarse al terrible monstruo de siete cabezas. El fuego que lanzaba por su boca quemaba a quien fuera capaz de acercarse lo suficiente.

El joven no reveló su origen real y se presentó ante el Rey como el caballero de la Rosa, ya que una rosa





se hallaba labrada en su escudo de hierro. Cuando el monarca le prometió la mitad de su reino si liberaba a la princesa, el joven contestó:

-Majestad, no son riquezas lo que busco, sino vencer a las fuerzas oscuras que amenazan vuestro reino. Pero antes debo encontrar la espada que me hará digno de luchar con el dragón de siete cabezas.

El joven partió enseguida y pronto encontró un barranco de fuego que le cortaba el paso. Un dragón con cuernos de cordero estaba provocando aquel fuego inmenso que ya estaba rodeando al caballero.

El joven no tenía espada para luchar con la bestia, solo un puñal de cazador que guardaba en su cinto. Lo cogió y después de encomendarse a las fuerzas del cielo, lo lanzó con fuerzas al pecho del animal. La fortuna quiso que el puñal fuera a clavarse en el corazón de la bestia que murió en el acto, cayendo fulminada al fondo del barranco. Al punto se extinguió el fuego, y el joven caballero pudo seguir su camino.

Al anochecer buscó refugio donde pasar la noche y encontró la entrada de una cueva. Era una extraña



cueva de cristal con una fuente de oro dentro. El agua de la fuente era cristalina y el joven bebió hasta saciarse. Luego se acomodó en la cueva y se quedó profundamente dormido.

A la mañana siguiente se despertó descansado y con nuevas fuerzas. En sus sueños había visto una alta montaña en cuya cima se encontraba una pequeña ermita. Dentro había un altar y a sus pies un arcón que contenía una espada de hierro. Un anciano monje sacaba la espada del arcón y la depositaba en sus manos.

Al salir de la cueva se encontró con que una enorme serpiente custodiaba la entrada, impidiendo que pudiera salir. Era una serpiente vieja como el mundo. Si el joven quería salir de allí tendría que luchar frente a frente con aquel monstruoso animal.

Entonces se le ocurrió una idea, empezó a golpear su escudo a la vez que entraba a gran velocidad en la cueva. La serpiente lo siguió y el joven comenzó a dar vueltas alrededor de la fuente de oro. El animal daba también vueltas intentando atrapar al joven y enroscándose cada vez más sobre sí misma. El joven



saltó sobre la fuente y la serpiente hizo lo mismo. En cuanto la serpiente entró en el agua de aquella fuente, perdió todo su poder maléfico, transformándose en una dócil y mansa serpiente. El muchacho salió de la cueva y reemprendió la búsqueda de la espada.

Después de toda una jornada cabalgando divisó a lo lejos una montaña y en su cumbre una pequeña construcción. Enseguida reconoció la montaña y la ermita que había visto en sus sueños. Dirigió hacia allí a su caballo a todo galope, hasta que llegó a las inmediaciones de un denso bosque en el que hubo de adentrarse. Ahora avanzaba despacio, pues la vegetación de árboles y arbustos era muy densa, cuando de repente el caballo se negó a avanzar, encabritándose muy inquieto hasta tirar al muchacho al suelo. Algún peligro cercano había puesto al fiel caballo en guardia y el joven príncipe se puso alerta.

Delante de él apareció una bestia con cuerpo de pantera, patas de oso y boca de león. El joven se quedó sobrecogido ante semejante fiera. Colgando de sus fauces traía parte de un carnero que había matado y que estaba devorando. Los ojos de la alimaña estaban inyectados en sangre y anunciaban



los deseos de seguir matando. El joven, que no tenía nada con que luchar, vio cerca un hueso largo de la pierna del carnero. Lo cogió y cuando la bestia se abalanzó sobre él, introdujo con rapidez el largo hueso entre las fauces de la fiera. El animal desesperado se dio cuenta que no podía cerrar su boca y mientras luchaba por deshacerse del hueso entre sus fauces, el joven cogió la rama de un tronco caído que había en el suelo y la clavó con fuerza en el vientre del animal. El monstruo murió y el caballero pudo atravesar el bosque junto con su caballo.



Cuando, por fin, llegó a lo alto de la montaña entró con reverencia a la vieja ermita. Allí a los pies del altar encontró el arca, labrada con la imagen de un cordero que llevaba en la boca una rosa, igual que la que él llevaba en su escudo. Delante del altar había un anciano monje que en silencio abrió el arca y sacando la espada la puso en las



manos de joven príncipe. La espada de hierro le hacía digno de luchar contra los poderes del mal y salvar a la princesa.

El joven había superado las pruebas y conseguido la espada. Ahora tenía la fuerza necesaria para luchar y vencer.

Volvió al reino donde el dragón habitaba y tenía secuestrada a la dama. Se presentó ante el rey y le dijo:

-Majestad, ahora sí soy digno de salvar a vuestra hija. Decidme dónde se encuentra la guarida de ese monstruo y mañana, al amanecer, partiré a su encuentro.

Esa noche el caballero de la Rosa veló su espada, pidiendo a sus doce hermanos del cielo ayuda para vencer al dragón.

Con el alba partió el príncipe y al llegar cerca de la costa pudo ver desde lejos la enorme gruta donde habitaba el dragón. La marea había bajado y la entrada quedaba al descubierto. Podía verse al



tremendo animal dormitando en la cueva recostado en la roca. Se estremeció al ver sus siete cabezas y su diez pares de cuernos. De su nariz salía humo blanco, que hacía pensar en el fuego que el dragón emitía cuando estaba enfadado.

El caballero apretó con fuerza la empuñadura de su espada y se aproximó con sigilo y decisión a la cueva. La rodeó por detrás hasta encontrarse en su techo y se tumbó para acercarse lo más posible al borde y ver al dragón sin ser visto por él.

El dragón todavía dormía y el joven, con decisión, saltó sobre una de sus cabezas. El dragón despertó furioso, pero el joven ya había cortado de un tajo esta cabeza, saltando con rapidez a la siguiente. La bestia bramaba de dolor y se revolvía furiosa, pero el caballero iba saltando de una cabeza a otra cortándolas con rapidez, gracias a su espada de hierro. Cuando ya sólo quedaba una cabeza, el animal lanzaba unas llamaradas por su boca que llegaban a los montes cercanos incendiándolo todo. El príncipe subió a lo alto de la cabeza y con decisión introdujo la espada en la cerviz del animal, provocándole la muerte al instante.



El joven liberó a la princesa que estaba retenida en la cueva. Era la mujer más hermosa que él había visto jamás. Sus ojos eran azules como el cielo y su piel blanca como la nieve.

Cuando el caballero llegó con la princesa al castillo, el Rey ordenó que se celebrara una gran fiesta en todo el reino. Concedió la mano de su hija al caballero, el cual reveló entonces su origen real. Cuando se celebraron los esponsales una paloma blanca vino a posarse en el hombro de la princesa y eso fue tomado como presagio de una vida larga y feliz.



Julián pregunta

Julián era un niño pequeño. Bueno, no tan pequeño pues ya había cumplido los seis años. Tenía mucha curiosidad por las cosas y siempre preguntaba a su mamá o su papá. A veces, con cariño, sus padres podían responderle. Pero otras tenían que decirle:

-Julián, eso podrás saberlo cuando seas mayor.

Julián entonces miraba por la ventana y deseaba ser mayor como papá y mamá para poder saber muchas cosas.

Aquella mañana habían ido al mercado. A Julián le gustaba mucho ver los coloridos puestos de fruta y verdura fresca: tomates rojos, zanahorias naranjas, lechugas y pepinos verdes. Había escuchado a papá hablarle de cómo todos los vegetales, frutas y cereales que comemos, salen de semillas muy pequeñas. Luego, con el calor de la tierra que las acoge y los rayos del sol, estas semillas germinan y salen los ricos frutos que nos alimentan. Julián había podido



observarlo, pues la primavera pasada habían plantado tomates en el jardín y había visto como la matita verde había ido creciendo hasta dar unos tomates que, poco a poco, fueron poniéndose rojos.

Mamá tenía la barriga muy grande, pues su hermanita estaba próxima a nacer. Así que las personas que se encontraban en el mercado y que conocían a los padres de Julián, saludaban con afecto a su mamá y le decían:

- "Que todo vaya bien y tengas una niña preciosa";
- "Que tengas un buen parto"... y cosas así.

La mamá de Julián siempre respondía:

- "Si Dios quiere".

Julián quería mucho a su mamá, como todos los niños quieren a la suya. También quería a su hermanita, aunque todavía no la conocía. Así que cuando escuchaba a su mamá decir:- "Si Dios quiere", él pensaba:- "Que quiera", "Que quiera".

Cuando llegaron a casa fueron sacando de las bolsas





lo que habían comprado: las zanahorias, los huevos, las patatas, las lechugas, los melocotones. Julián miraba todo admirado y preguntó a su papá:

-Papá ¿Quién le ha enseñado a la tierra a hacer frutos tan ricos?

-Julián, Dios ha hecho un mundo bueno. La madre Tierra sabe que debe cuidarnos. Los hombres también debemos cuidar de ella.

Julián se quedó pensativo. Salió al jardín y miró con atención las hortensias. Papá decía que Dios había hecho un mundo bueno, y mamá que Él haría que su hermanita naciera bien. Julián sintió entonces unas ganas inmensas de conocer a Dios. Quería darle las gracias por los vegetales y por la madre Tierra; quería decirle que cuidara a su mamá y a su hermanita cuando esta naciera; quería hablarle también de la abuelita Concha que estaba enferma.

Corrió a la cocina donde todavía estaba papá terminando de poner las lechugas en la nevera.

-Papá, por favor, ¡llévame a ver a Dios!



-Pero... ¡Julián! dijo su papá, ¿Para qué quieres ver a Dios?

-Papá, quiero verle y hablar con Él.

Papá cogió a Julián de la mano y fueron dando un paseo hasta la salida del pueblo. Julián estaba expectante y feliz. Era una mañana soleada y cálida y el campo estaba lleno de flores.

Tomaron una vereda que Julián conocía bien, pues habían paseado muchas veces por ella. Llevaba hasta un arroyo donde al llegar se sentaron a descansar. Era ya principio de verano, así que el niño se quitó las sandalias y metió los pies en el arroyo para refrescarse. Reía alegre mirando sus pies chapoteando en la fría agua mientras sus deditos se movían sin parar.

-¡Qué buena es el agua!, ¿verdad papá?

-Sí Julián, el agua es buena, limpia y generosa. Ella hace que haya vida en la tierra. Sin el agua ni las plantas, ni los animales, ni nosotros mismos podríamos vivir. Julián miraba contento el agua correr, tiraba piedrecillas para ver las ondas y el ruido que hacían al caer. De repente vio algo moverse dentro.



-¡Mira papá, es un pececillo!, y otro más allá.

Su papá le dijo que si se quedaba un poco quieto y sin hacer alboroto podría ver más cosas. Julián se quedó en silencio y vio como las libélulas rozaban el agua en su vuelo. Eran de un precioso tono azulado. También se acercaron mariposas amarillas con pintas negras.

Toc-toc-toc... se escuchó muy cerca. Julián miró alrededor. Sonaba en la copa del árbol en el que estaba apoyado su papá. Los dos miraron para arriba y allí vieron un pájaro carpintero que picoteaba en la parte alta del tronco.

-Esta es la canción del pájaro carpintero, dijo su padre.

Julián sonrió. Se tumbó en la hierba mirando el tronco del árbol donde picaba el carpintero. Era verdad lo que decía papá. Esa era la canción del carpintero y era agradable escucharla.

El papá zarandeó suavemente a Julián para despertarlo. Se había quedado dormido escuchando al pájaro carpintero.





-Vamos Julián, tenemos que volver a casa. El niño se frotó los ojos y se levantó. Llamó su atención la cantidad de flores silvestres que había alrededor: margaritas, amapolas, diente de león...

-Voy a coger un ramito de flores para mamá- dijo entusiasmado Julián.

Y dicho y hecho, fue cogiendo una flor aquí y otra allí. Las cogía con cuidado, eligiendo los colores que más le gustaban y sobre todo procurando no pisar ninguna. Después, de la mano de su padre, emprendieron el camino de vuelta al pueblo. Julián se sentía muy contento y al llegar a casa abrazó a su mamá entregándole las flores. La abrazó con cuidado, pues ya le habían explicado que mamá acunaba en su vientre a la hermanita.

Fue un día alegre y en la noche cuando se acostó y mamá terminó de contarle el cuento, el niño le preguntó:

-Mamá, ¿De dónde viene mi hermana?

-Hijo, tu hermana viene del cielo, como todos los niños.



-Yo la voy a querer mucho mamá. La cuidaré y le dejaré mis juguetes.

Mamá abrazó a Julián, y este volvió a sentir a su hermanita.

Cuando papá llegó para darle un beso de buenas noches, Julián se acordó de lo que le había pedido por la mañana.

-Papá no me enseñaste dónde estaba Dios y no le pude hablar.

-Julián ¿Te acuerdas del arroyo de agua fresca?

-Sí, me acuerdo bien.

-Y del pececillo, de las mariposas y del azul intenso de las libélulas.

-Claro que me acuerdo papá. Lo he pasado estupendo.

-¿Te acuerdas del repiqueteo cantarín del pájaro carpintero?

-Sí, sí .Toc-toc-toc. Era muy divertido oírle, parecía un tamborilero, -dijo Julián, alegre al recordar al pájaro carpintero.

-¿Y de las flores?

-Eran preciosas papá. De todos los colores y a mamá



le gustaron mucho. Las ha puesto en un jarrón en la mesa de la cocina.

-¿Te acuerdas de lo que sientes cuando abrazas a mamá y notas moverse a la hermanita?

- Parece que da patadas a mamá, pero ella dice que no le hace daño. Es chiquitita y yo la quiero mucho y la voy a cuidar.

- Pues hijo, ahí está Dios. Puedes verlo en el arroyo y escucharlo en el murmullo del agua; puedes verlo en las flores y en el azul del cielo; puedes verlo en los pájaros y en su canto; puedes sentirlo en el abrazo a mamá y en lo que sientes en tu corazón hacia tu hermana. Y ahí, en tu corazón, tu puedes hablarle.

-Y si le hablo... ¿Él me escuchará?

-Si hijo, Él te escuchará. Él está en todos los seres, y está sobre todo en la fuerza de nuestro corazón.

-Gracias papá.

Esa noche Julián se durmió feliz y confiado. Sentía que estaba en buenas manos. Su mamá y su papá cuidaban de él. Pero también sus papás y su abuelita Concha estaban en buenas manos.



Magdalena vivía con su mamá y con Simón su hermano pequeño. Su casa no era muy grande, pero tenía un pequeño patio con flores donde Magdalena y Simón siempre salían a jugar, sobre todo en verano.

Un amanecer, Magdalena se despertó sobresaltada, cuando todavía el lucero brillaba en el cielo. Mamá no estaba en casa y tampoco Simón. Asustada salió de casa y llamó a la casa vecina donde vivían sus abuelos. Nadie abrió la puerta.

Magdalena caminó sola por las calles del pueblo, desolada. En las afueras del pueblo vivían sus tíos y sus primos. Ella nunca había ido sola hasta allí, pero sí muchas veces con mamá, así que intentó hacer el mismo recorrido hasta llegar a casa de sus familiares. Llamó a la puerta repetidas veces, pero tampoco allí parecía haber nadie. Magdalena comenzó a llorar sentada a la puerta. Ya no sabía adónde ir.



El día comenzaba a clarear y se dijo a sí misma: "si toda mi familia se ha marchado sin mí, es que no me quieren. Tendré que vivir sola".

Caminó hasta salir del pueblo e internarse en el bosque. Allí fue olvidando su tristeza viendo a los animales a los que tanto quería. Los pájaros eran sus preferidos y ahora en primavera era cuando más se les podía oír cantar.

En la rama de un avellano vio un nido. Se fijó y reconoció a un zorzal con sus crías. Los pequeños pajaritos eran ¡tan indefensos!, pero con su madre al lado parecían no temer nada. Magdalena se acordó de su mamá y de lo bien que se sentía cuando estaba a su lado.



Después, llamó su atención una familia de herrerillos que cantaban en la rama de un gran abedul."¡Qué suerte tienen de estar todos juntos!", pensó. Yo también tengo suerte de tener una familia".



Magdalena se daba cuenta ahora de cuanto quería a su familia y deseó volverles a encontrar. Distraída, mirando los pajaritos y la cantidad de flores que había por todas partes, se fue adentrando en el bosque. Caminaba despacito, por eso cuando llegó a un lugar escondido pudo ver a la mamá cierva lamiendo el cuerpo de su cervato recién nacido. Se quedó mirando agachada durante mucho tiempo. Sabía que, si se movía, mamá cierva se asustaría y se marcharía llevándose de allí a su cría.

El cervato se puso a mamar y Magdalena se acordó de cuando su hermanito era un bebé. ¡Cuánto le gustaría ahora estar con Simón jugando en el patio de su casa! Aunque a veces le rompiera los juguetes, Simón era su hermano y ella lo quería mucho.

Los animales siempre habían sido buenos amigos para Magdalena. Le gustaba dar comida a los gatitos que saltaban al patio de su casa y semillas a las palomas que había en la plaza de la iglesia del pueblo.

Había un nido de golondrinas bajo el alero del tejado de su casa, llevaba allí muchos años y las golondrinas



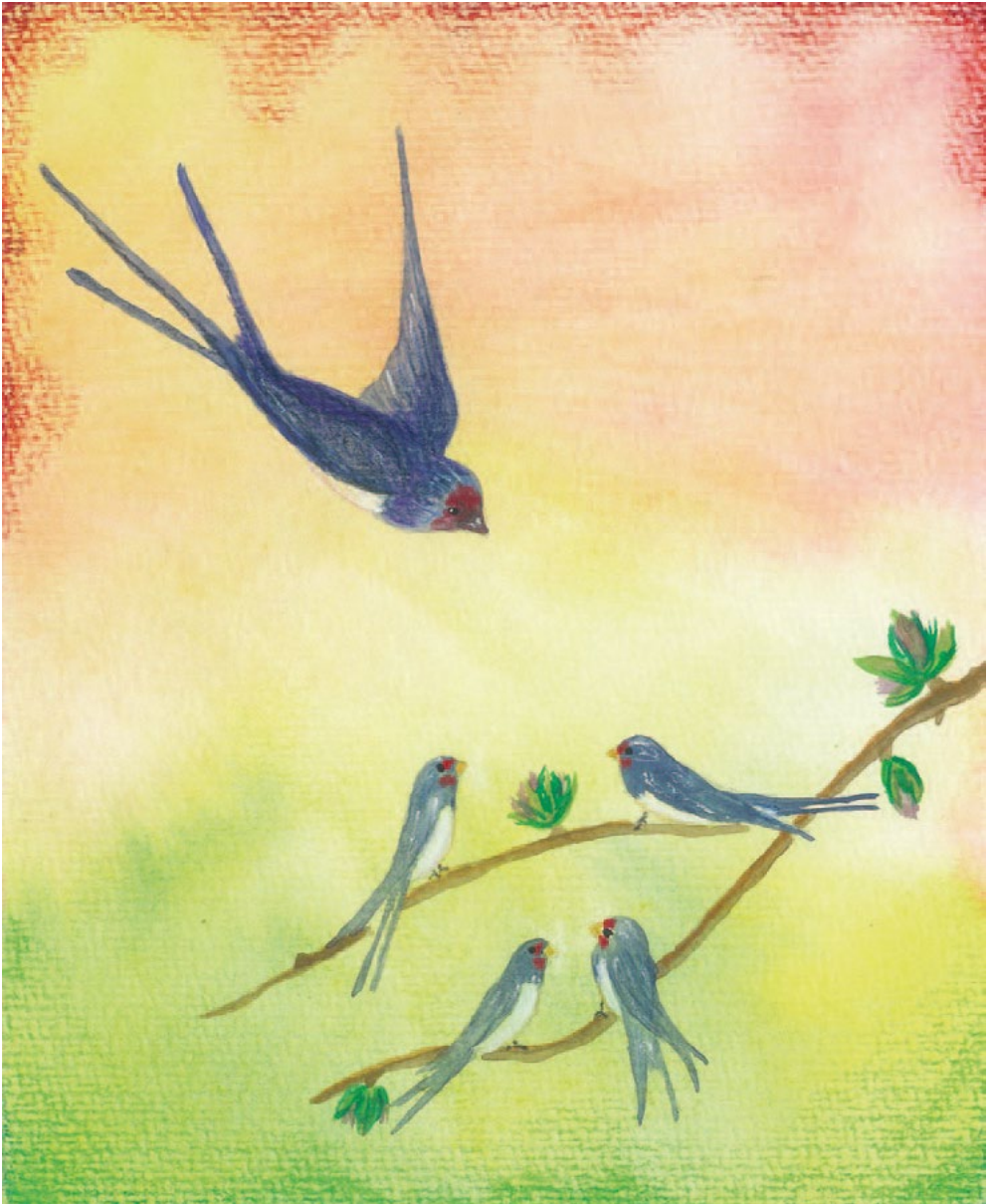
siempre llegaban en primavera, lo limpiaban y volvían a instalarse en él. Magdalena dejaba siempre migas de pan y semillas en el alfeizar de la ventana para que las golondrinas y otros pájaros pudieran comerlas.

Aunque Magdalena tenía el consuelo de los animales, se sentía sola. Se acordaba de su familia y de los momentos entrañables que pasaban juntos. Aunque a veces se enfadasen nunca dejaban de quererse y si tenían algún problema siempre se ayudaban.

Se acordó de su abuelita que le hacía bizcochos cuando estaba triste y de mamá que le preparaba infusiones cuando estaba malita. Papá no vivía con ellos, pero Magdalena sabía que también la quería mucho.

Ya se estaba haciendo de noche y la niña sintió sueño. Se acurrucó apoyada en el tronco de un gran árbol y se quedó dormida.

Los rayos del sol la despertaron. Antes de abrir sus ojos se acordó de la pérdida de su familia y temió no volverles a ver nunca más. Pero entonces sintió en su cabeza una mano que le tocaba con suavidad





y una voz que le decía con cariño:

-Vamos dormilona ¡levántate! que tus amigos, los pájaros, hace tiempo que cantan en la ventana.

Magdalena abrió los ojos y vio a su mamá. Saltó con alegría a abrazarla. Todo había sido un sueño. Magdalena corrió a abrazar a su hermano y fue a casa de los abuelos y los llenó de besos. En la tarde quiso ir con mamá y Simón a casa de los tíos y pasó la tarde jugando con sus primos en el campo.

Magdalena no contó a nadie su sueño, pero siempre se sintió agradecida por tener una familia.



El verdadero príncipe

Érase una vez, hace ya mucho tiempo, una reina que vivía en un gran castillo. Este se asentaba sobre una colina, desde donde se divisaba un vasto reino. El castillo estaba custodiado por doce valientes caballeros que habían servido fielmente al rey hasta el día en que este murió. Entonces, los caballeros habían perdido toda su fuerza cayendo en una profunda tristeza.

Los reyes habían tenido una hija preciosa, que ahora era el único consuelo de la reina. La muchacha iba a celebrar su quince cumpleaños y poseía el don de la bondad en su corazón y de la verdad en sus palabras. Su rostro era el más bello que nadie hubiera visto jamás, enmarcado por una preciosa cabellera dorada.

La víspera de su cumpleaños la reina, su madre, entró en sus aposentos y le dijo:

-Querida hija, mañana príncipes de muchos reinos



El verdadero príncipe

vendrán para pedir tu mano. Muchos de ellos sólo desean quedarse con el reino de tu padre, pues en su corazón no son verdaderos príncipes. Nuestros doce caballeros ya no pueden protegerte, así que esta noche partirás en busca del verdadero príncipe. Cuando lo veas sabrás reconocerlo enseguida y no debes volver hasta no haberlo encontrado.

Para proteger a la princesa, la propia reina la vistió de campesina. Le dio un cinturón de seda, dentro del cual cosió un anillo con el sello real, para que la princesa pudiera recordar cuál era su verdadero origen. La reina pidió a la hija de la cocinera que acompañara a la princesa y cuidara de ella, haciéndose pasar por su hermana.

Las dos jóvenes caminaron durante la noche alejándose del castillo. Cuando les venció el cansancio se acurrucaron en el tronco de un árbol y se quedaron completamente dormidas. Al despertar se dieron cuenta de que estaban en lo profundo de un bosque. Las dos niñas sentían hambre y se pusieron a recoger frutos silvestres.

La princesa llenó su delantal de moras, que compartió



con la hija de la cocinera. Ésta, a su vez, había llenado sus bolsillos de fresas silvestres, pero le dijo a la princesa:

- Estas fresas las he cogido yo y no las voy a compartir contigo.

La hija de la cocinera sentía envidia de la princesa y ahora que estaban lejos del castillo y de la reina no estaba dispuesta a seguir sirviéndole ni cuidando de ella.

Siguieron caminando por el bosque durante todo el día y ya estaba anocheciendo cuando a lo lejos vieron una casita. Tenía luz dentro y salía humo de la chimenea. Las dos jóvenes corrieron hacia ella y llamaron a la puerta. Al abrirse, salió una anciana que las invitó a pasar amablemente. Una vez dentro la vieja mujer atrancó la puerta y comenzó a reír con malicia.

-Vosotras, tontas, os quedaréis aquí conmigo y me serviréis. -Tú -dijo llamando a la princesa- te ocuparás de mantener siempre el fuego encendido. Y tú, jovencita -dijo dirigiéndose a la hija de la cocinera-



El verdadero príncipe

barrerás la choza y cocinarás.

Las dos muchachas estaban muy asustadas, pero no tuvieron mas remedio que ponerse manos a la obra, haciendo todo lo que la vieja les había ordenado. Cuando hubieron terminado el trabajo encomendado, la anciana les dejó comer un cuenco de sopa y les enseñó los duros camastros donde iban a dormir. La princesa, al acostarse, dejó su cinturón a los pies del camastro, pero este cayó al suelo y al golpearse sonó el anillo que llevaba dentro.

La hija de la cocinera se dio cuenta y esperó a que la princesa se durmiese. Entonces se levantó y descosiendo el cinturón encontró el anillo real. La malvada muchacha despertó a la anciana y le dijo:

-Vieja, si me dejas marchar te daré a cambio algo muy valioso. La muchacha le enseñó el anillo real. Entonces la anciana le dijo:

-Dame el anillo y márchate de aquí.

Cuando la princesa despertó, la anciana le dijo que la otra muchacha había huido en la noche y que ella ahora tendría que hacer el trabajo de las dos.





El verdadero príncipe

Pasó el tiempo y la princesa se fue acostumbrando a su vida en el bosque con la anciana. Ésta, al ver que la joven cumplía bien con su tarea, algunas veces le dejaba salir de la cabaña, siempre bajo su atenta mirada. La princesa entonces cogía flores y jugaba con los animales del bosque.

Poco a poco la princesa se fue olvidando de su origen real y la anciana nunca le hablaba del anillo que la hija de la cocinera le había dado. Había tomado cariño a la joven, que era hacendosa y le hacía compañía. La ayudaba en sus tareas y le cosió un colchón para que el camastro en el que dormía no resultara tan duro.

La hija de la cocinera había seguido su camino y encontrado un castillo. En él habitaba el verdadero príncipe y ella se había hecho pasar por la verdadera princesa. Permanecía alojada en dicho castillo, pero el príncipe no se decidía a pedir su mano. La princesa que siempre aparecía en sus sueños tenía los cabellos rubios como el oro y esta muchacha tenía los cabellos negros, como el azabache.

Una mañana el príncipe salió de cacería. Persiguiendo



al zorro se adentró en el bosque y se perdió en él. A lo lejos vio una casita y se acercó para pedir un poco de agua. Allí vio a la princesa que, aún vistiendo como cualquier campesina de su reino, tenía una belleza incomparable. El príncipe bajó de su caballo blanco y dirigiéndose a la anciana le dijo:

-Buena señora ¿podría darme usted un vaso de agua? Me he perdido en el bosque y tengo mucha sed.

La anciana era en realidad un hada buena. Había sido transformada en una vieja fea por una malvada bruja. Sólo se rompería el hechizo cuando por su mano se produjese un enlace real. Por eso, la anciana había guardado celosamente el anillo de la princesa y había protegido su vida.

Cuando la anciana entró a coger agua para el joven príncipe, este se aproximó a la muchacha y se dio cuenta de que era la misma que había aparecido en sus sueños durante tanto tiempo.

-¿Cómo te llamas muchacha? - preguntó el príncipe.
-No lo recuerdo señor - dijo tímidamente la



El verdadero príncipe

muchacha.

-Si quieres, tú y tu madre podéis venir conmigo a mi castillo.

-No es mi madre señor, pero yo vivo aquí con ella desde hace mucho tiempo.

La anciana salió llevando en una mano el agua para el príncipe y en la otra el anillo de la princesa. Dio agua al príncipe, y a la princesa le entregó el anillo.

-Este es tu verdadero origen, le dijo la anciana.

La princesa se puso el anillo y se acordó de su madre y de lo que le había encomendado al salir del castillo: "busca al verdadero príncipe". Miró al joven apuesto que tenía delante y le reconoció. El príncipe le pidió a la princesa que fuera al castillo con ella para hacerla su esposa, ya que ella era la verdadera princesa. La anciana fue también invitada a ir con ellos.

Cuando llegaron al castillo y la hija de la cocinera vio a la verdadera princesa y a la anciana, se sintió descubierta y salió huyendo hacia el bosque. Nunca más volvió al castillo, pero cuentan que se quedó viviendo sola en la casita de la anciana y que nunca



más salió de aquel bosque.

El príncipe mandó heraldos para traer a la reina madre a su boda con la princesa. En el mismo momento en que se celebraron los esponsales, los doce caballeros de la guardia real recuperaron su fuerza y la anciana volvió a ser el hada buena que siempre había sido. Nunca se separó de la princesa, y todos los habitantes de los dos reinos vivieron felices por siempre jamás.



Los tilos

Capítulo I

Hace ya muchos años en un pueblecito cerca de Laponia, en un reino muy al Norte, vivía una familia que tenía dos hijos: Viveca y Mauricio.

Los niños eran muy felices pues el pueblo estaba muy cerca del bosque, un bosque de grandes árboles donde los niños se internaban con sus amigos para jugar.

Aquel invierno había sido especialmente frío. La nieve cubría los tejados de las casas, las copas de los abetos y todo el suelo de calles y caminos. El tilo que se erguía majestuoso en el centro de pueblo tenía ahora desnudas sus ramas, y parte de su tronco estaba cubierto de nieve. En el bosque se podía escuchar ese silencio que sólo puede oírse cuando



Los tilos

un manto de nieve lo cubre, y el lago cercano al pueblo se había transformado en una divertida pista donde los niños se deslizaban patinando alegremente. Viveca y Mauricio habían salido a patinar muy abrigados, con los guantes de lana y el gorro que su abuela les había tejido aquel invierno. Estuvieron toda la mañana patinando con sus amigos Nils y Greta. Tan entretenidos estaban que no se dieron cuenta de que era ya la hora de ir a casa a comer. A Mauricio se le ocurrió acercarse al bosque a buscar piñas para hacer adornos para la fiesta de Santa Lucía, pues ya se acercaba esa festividad en la que los niños llevaban coronas de luz en sus cabezas.





Pasaron mucho rato cogiendo piñas del suelo y jugando, hasta que Viveca se dio cuenta de que el sol estaba ya muy bajo en el horizonte. Alertó a los demás niños y los cuatro comprendieron que habían pasado demasiado tiempo fuera de casa. Ya debería ser muy tarde y sus familias estarían muy preocupadas por ellos. Comenzaron a correr para salir del bosque pero no conseguían encontrar la salida.

Una y otra vez, cuando ya creían que estaban en el camino correcto, se daban cuenta de que no reconocían el lugar en el que se encontraban. El frío era tremendo y comenzaban a sentir que sus piernas y pies se quedaban helados. Los cuatro niños se juntaron formando una piña, así se daban calor unos a otros.

- "No nos separemos" - se dijeron.

Temblaban de frío y de miedo y ya todo era oscuridad a su alrededor. Así pasó un largo tiempo y los niños se fueron quedando dormidos, sentados sobre la nieve unos apoyados en los otros.

Viveca despertó en mitad de la noche y allí a lo lejos



comenzó a divisar algo.

-¡Mauricio, Mauricio!- gritó la niña. ¡Mira!

Mauricio no contestaba, ni tampoco los otros dos niños. Viveca los zarandeó hasta que los despertó y abrieron los ojos.

-¡Mirad, mirad!- dijo la niña- allí a lo lejos se ve una luz.

Los cuatro corrieron en la dirección de la luz y cuando ya se acercaban se dieron cuenta de que se trataba de una cueva. De ella salía un gran resplandor pero no se escuchaba ningún sonido. Los cuatro se cogieron de la mano y comenzaron a avanzar hacia dentro. Un suave calor que salía de la cueva les hizo sentirse mejor. La entrada se fue ensanchando hasta convertirse en un espacio amplio y redondo en cuyo centro había una gran hoguera. Los niños quedaron asombrados, pues de la hoguera parecía no





desprenderse humo alguno y sin embargo ardía sin cesar con gran luz y calor.

Comenzaron a mirar a su alrededor con mayor detenimiento. El techo de la cueva estaba tachonado de estrellas. Largo rato estuvieron los niños admirando tal maravilla, hasta que de repente se escuchó el grito de admiración de Mauricio. Todos giraron su rostro hacia él y vieron que miraba fijamente a un lugar de la cueva. Allí descubrieron con asombro que no estaban solos, con ellos se encontraba otro ser. Se trataba de un anciano, un anciano venerable.

Capítulo II

El anciano les miró con mirada severa y a la vez compasiva, no inspiraba miedo pero sí un gran respeto.

-¿Qué hacéis aquí?, ¿a qué habéis venido? - preguntó el anciano.

-Nos hemos perdido, teníamos mucho frío y vimos el resplandor de la luz.

-Lo sé, os alejasteis demasiado de vuestras casas y de vuestras familias. El bosque que habéis atravesado



no tiene vuelta atrás, por eso no encontraréis la salida para volver al pueblo. Nunca podréis regresar por él. Pero habéis tenido la fortuna de dar con mi cueva, así que os ayudaré para que podáis encontrar el camino de vuelta a casa. No será fácil ya que deberéis pasar pruebas difíciles antes de poder regresar. Estar vigilantes y permanecer unidos. Yo sólo podré acompañaros hasta el umbral, tras el cual se encuentra la escalera de caracol que debéis descender.

Antes de despedirles, el anciano les dio algo que les serviría de gran ayuda: la antorcha que nunca deja de brillar en la oscuridad, la cuerda que no se suelta, la llave dorada que abre todas las puertas y el libro que todo lo sabe.

El venerable anciano encendió la antorcha con el fuego que había en el centro de la cueva y se lo entregó a Mauricio, la llave que abre todas las puertas a Greta, la cuerda que no se suelta a Nils y el libro que todo lo sabe a Viveca.

Greta colgó la pequeña llave en una cadenita que llevaba al cuello; Nils ató la cuerda a su cintura;



Viveca apretó el libro contra su pecho y Mauricio sujetó con firmeza la antorcha, que les iba a acompañar durante todo el camino.

-Os deseo buena suerte. Comenzáis un camino en el que tendréis que enfrentar peligros, pero si los afrontáis con valor y bondad de corazón venceréis a la oscuridad que siempre nos acecha.

Los niños hicieron una reverencia ante el anciano y comenzaron a descender por la empinada escalera de caracol. Mauricio iba el primero con la antorcha en alto para alumbrar a sus compañeros que venían detrás. Descendieron y los escalones se iban haciendo cada vez más bajos, hasta que finalmente desaparecieron quedando sólo una superficie lisa por la que los niños se resbalaban, cayendo cada vez a más velocidad. Después, poco a poco, la pendiente se fue suavizando y los niños fueron parando el alocado descenso hasta quedar detenidos por completo.

Se encontraban tumbados sobre una superficie de arena de playa. Se quedaron quietos y en silencio; a lo lejos se oía el rumor de las olas del mar. En el



Los tilos

cielo lucía una espléndida luna que permitía ver con claridad alrededor.

No sabían cuánto tiempo habían estado caminando ni hacia dónde. A su izquierda estaba el mar, a su derecha sólo oscuridad, sobre ellos el cielo oscuro alumbrado por la luna. En medio de la oscuridad adivinaron una sombra más oscura todavía, era una gran mole sobre la que parecía que iban a chocar si seguían caminando. Los cuatro avanzaron muy despacio, hasta que alargando sus manos pudieron tocar aquella sombra oscura. Era la base de un gran acantilado, donde el mar, que rugía con fuerza, golpeaba sobre las rocas.

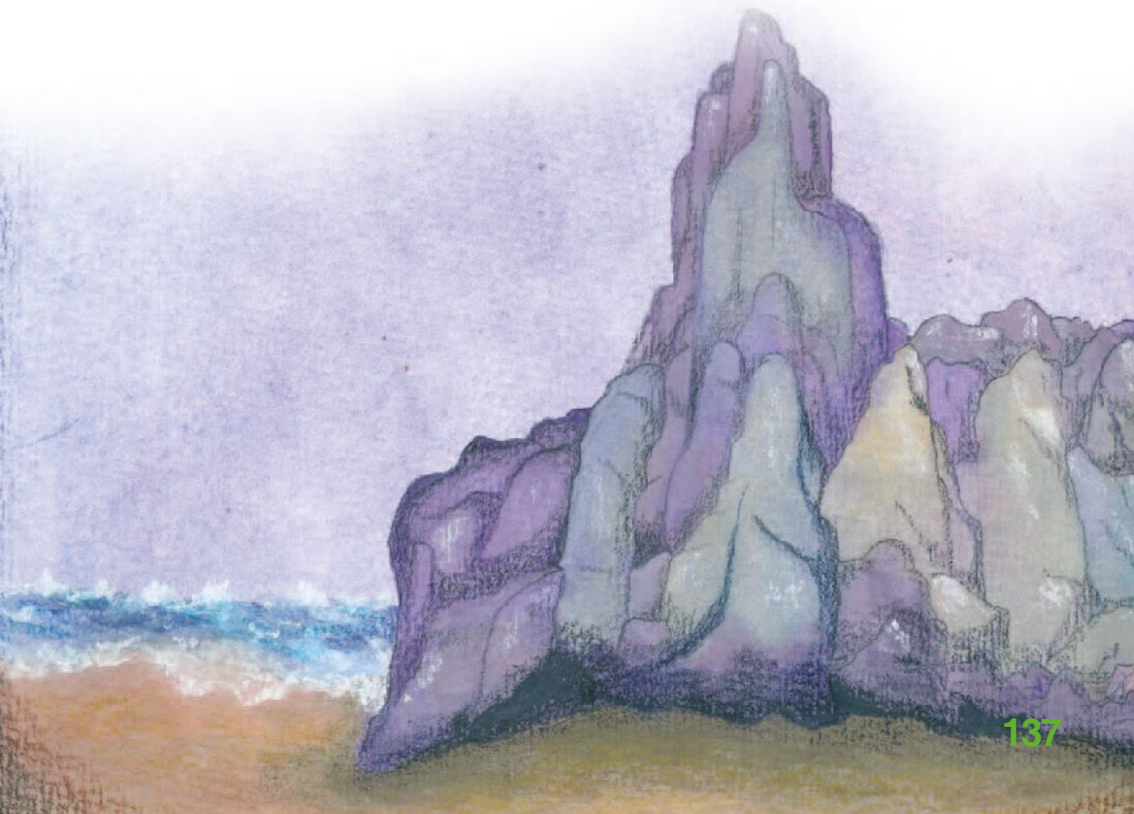
Los niños avanzaron siguiendo la pared rocosa que ahora les cortaba el paso. Esperaban encontrar algún camino a través de aquella pared, pero sólo alcanzaban a ver un muro sin fin a lo largo y alto. Cansados se sentaron sobre la arena, apoyados en la roca con la antorcha en medio a modo de fogata. Se durmieron.

Al amanecer les despertó la claridad de un sol débil. A su alrededor encontraron un ambiente



Los tilos

sobrecogedor. Muros inexpugnables de roca se extendían hasta donde alcanzaba la vista. Muros imposibles de ser escalados. Ningún árbol ni arbusto, ninguna casa ni ser humano. Sólo muros de piedra y al otro lado el mar. Los niños se miraron desolados, no sabían qué hacer y además sentían hambre y sed. Parecía que ahora sí que estaban en una situación desesperada.





Capítulo III

Viveca se sentó sobre una piedra con "el libro que todo lo sabe" sobre sus rodillas. Era un libro con aspecto de ser muy antiguo. Se quedó callada con sus manos sobre el libro cerrado. Los demás niños la rodearon y ella les dijo:

-Tal vez aquí encontremos alguna respuesta.

Con reverencia abrió el libro. En la primera página ponía:

"Nunca se nos presenta una prueba que no podamos superar y en los momentos de mayor dificultad los recuerdos son la fuerza en el corazón".

Viveca había leído en voz alta, después cerró el libro y lo apretó contra su pecho. Los niños cerraron los ojos y Greta , recordando, les dijo:

"El año pasado, cuando tuve aquellas fiebres tan grandes que me tuvieron meses en la cama, creía que iba a morirme. También mis padres lo creían. Una noche les escuche hablar con el médico, que les dijo:



-“Nada más puedo hacer, ahora todo depende de Greta y de su fuerza para luchar contra el mal que la aqueja”.

Al principio me asusté mucho, me sentía cobarde y pequeña para luchar contra aquello, pero al mirar cada mañana a través de mi ventana el gran tilo del pueblo, algo me susurraba: -¡Ánimo Greta, puedes porque eres grande como el árbol más grande! Y cuando miraba las montañas y los pájaros, ese susurro me decía: - "eres fuerte como la gran montaña que se ve desde el pueblo, libre como las golondrinas que se acercan a tu ventana en primavera, inmensa como las estrellas!" Y así, día a día, fui ganando fuerzas, fui mejorando hasta que estuve completamente recuperada.

Los demás habían escuchado en silencio. Los recuerdos de Greta les habían dado fuerza y ánimo.

-De acuerdo- dijo Nils. Pongámonos en marcha. Lo primero es buscar comida y el mar nos la dará.

Con Nils a la cabeza, los cuatro se adentraron un poco en el agua. El mar era transparente y bucearon pegados a las rocas. Después de muchos intentos fueron sacando moluscos y algunos peces. En la orilla, utilizando la



antorcha como fogata los asaron, y con ganas los comieron. Una vez saciada su hambre inspeccionaron a su alrededor. Aparentemente no había ninguna rendija o saliente por donde escalar el acantilado y hasta donde se perdía la vista continuaba ese muro rocoso infranqueable.

Mauricio se repetía la frase leída en el libro: “No se presenta una prueba que no seamos capaces de superar”...

Y con esta frase en la cabeza, comenzó a recorrer el muro deslizando su mano por la pared rocosa. De vez en cuando, como martilleando la roca al ritmo de la frase, la golpeaba con el mango de la antorcha apagada, mientras caminaba lentamente pero sin detenerse. Los demás niños no se habían dado cuenta de que Mauricio se estaba alejando bastante.

En un momento, al dar el niño uno de estos golpes contra la roca, esta cedió de repente, como una puerta que se abriese batiéndose hacia dentro y volviéndose a cerrar con rapidez. El niño quedó dentro de la roca.



Viveca fue la primera que echó en falta a su hermano. No era un terreno donde alguien pudiera esconderse; a un lado el mar y al otro gigantescas rocas imposibles de escalar.

-¡Mauricio, Mauricio!, hermano mío ¿dónde estás?

Nils y Greta llamaban también angustiados a su amigo. Era como si la tierra se lo hubiera tragado. ¿Dónde podía haber ido, si sólo mar y muros de piedra les rodeaban?

Dentro de la gran mole de roca se encontraba Mauricio, muy asustado y sin comprender lo que había sucedido. La frase del libro que había estado repitiéndose sonaba en su cabeza como un eco: “no se nos presenta ninguna prueba que no seamos capaces de superar”. Ahora él se sentía frente a la prueba más dura: solo y separado de sus amigos, en la oscuridad de una montaña de roca.

Capítulo IV

La antorcha que Mauricio llevaba en la mano comenzó poco a poco a alumbrar, primero con una luz pálida,



que en contraste con la oscuridad fue adquiriendo intensidad.

Se encontraba en una especie de pequeña bóveda en la que habían incrustados cristales. Cuando fue serenándose se dio cuenta de que estaba en el interior de una geoda gigante, donde se habían desarrollado a lo largo de los siglos preciosas amatistas. Un techo de puntas de estrellas violetas que brillaban a la luz de la antorcha.

Admirando la belleza que le rodeaba se dio cuenta que tenía las fuerzas para salir de allí y que debía encontrar la forma de volver a reunirse con sus amigos. Agradeció a la tierra, por esa maravilla que podía contemplar. Se acordó de su abuela que siempre decía: “El hombre olvida que pertenecemos a la tierra y que es ella la que nos da la fuerza”.

Su abuela siempre iba a dar paseos por la Naturaleza y decía que eso le daba la vida. Acordarse de la abuela también reconfortó a Mauricio. Miró alrededor buscando una salida y fue pasando suavemente sus manos por las puntas de cristales violetas hasta que, entre las preciosas amatistas, descubrió un estrecho



paso. Se aventuró por el pasadizo y comenzó a ascender por una escalera labrada en la roca.

Mientras tanto, en el exterior, Viveca y sus amigos le habían estado buscando todo el día. Ahora, al atardecer descansaban exhaustos y desanimados sobre la arena. La primera estrella ya apuntaba en el cielo. Greta la señaló con el dedo y les dijo:

-¡Mirad!





Los tilos

Los tres habían escuchado desde niños que si se pide a esa estrella un deseo bueno, éste se cumple. La única condición es que sea algo bueno. Los tres niños se miraron, luego miraron a la estrella y los tres desearon lo mismo: “Que Mauricio esté bien y podamos encontrarlo”.

Mientras tanto, Mauricio había estado subiendo y subiendo aquella estrecha escalera de caracol. Según iba subiendo una mayor claridad llegaba a sus ojos. Al final, la escalera se abría en lo alto del acantilado. La antorcha ya se había apagado y Mauricio dio un brinco saltando el último peldaño. Sus pulmones se llenaron de aire fresco y pudo contemplar el bello cielo del atardecer, rasgado de tonos violetas y anaranjados. Vio esa primera estrella y otras que ya apuntaban en la lejanía y deseó que sus amigos estuvieran bien y poderlos encontrar pronto.

Cuando Mauricio llegó a lo alto del acantilado, lo primero que llamó su atención fue el murmullo del correr del agua. Allí mismo, junto a una roca brotaba un pequeño manantial del que bebió hasta saciar su sed. De nuevo pensó en sus amigos ¡ojalá pudieran ellos beber de esa fresca agua! Entonces avanzó



hasta el mismo borde del precipicio del acantilado y allí abajo pudo divisar a su hermana y sus amigos.

Tumbados en la arena miraban la estrella esperando todavía el milagro de ver cumplido su deseo. Mauricio les gritó con todas sus fuerzas, pero el acantilado era muy alto y los chicos no podían oírle. Mauricio cogió pequeñas piedras y comenzó a echarlas donde estaban sus amigos. Estos reaccionaron rápido al ver caer cerca de ellos las piedras, miraron hacia arriba y pudieron distinguir, por fin, a Mauricio que les gritaba ahora:

-¡Golpead la roca!, pero ellos no podían oírle.
-¿Cómo podríamos subir ahí arriba? Se preguntaba Nils en voz alta.

Mauricio se dio cuenta de que sus amigos no podían oírle. Rasgó un trozo de su camisa y mojando tierra con su propia saliva hizo una pasta con la tierra oscura que había entre las rocas del acantilado. Sobre la tela rasgada escribió: "golpead la roca y buscad el pasadizo". Ató la tela al mango de la antorcha y lo lanzó a la playa. La antorcha quedó clavada sobre la arena. Nils la arrancó y leyó con



Los tilos

dificultad los trazos de su amigo: “golpead la roca y buscad el pasadizo”.

Los tres avanzaron juntos, golpeando la pared de roca. Greta llevaba la antorcha en la mano, y con ella dio justo en el lugar que Mauricio había dado. La piedra se abrió y engulló a la niña igual que había hecho con su amigo, pero esta vez Nils y Viveca habían presenciado lo sucedido, de manera que ellos mismos repitieron los golpes en el mismo lugar. Así aparecieron junto a Greta dentro de la roca.

Capítulo V

Ahora se encontraban los tres dentro de la inmensa montaña de rocas. Cuando la antorcha se encendió, admiraron igual que Mauricio la cueva de amatistas y después buscaron el pasadizo que el chico les había indicado en la tela rasgada. Al encontrarlo subieron las empinadas escaleras de caracol, hasta alcanzar la cima del acantilado.

La alegría al reencontrarse los cuatro amigos fue inmensa. Ahora que habían estado separados comprendían el verdadero valor de estar juntos.



Era ya completamente de noche, y Viveca, Nils y Greta se acercaron al manantial y bebieron ávidamente, después Mauricio les llevó a una cercana cueva que formaban las rocas del abrupto acantilado. Allí pasaron la noche resguardados, con la antorcha haciendo una vez más de fogata con la que calentarse.

Al amanecer, miraron a su alrededor preguntándose cómo seguir adelante. A lo lejos divisaron un pequeño sendero que discurría entre matorrales. Más lejos todavía podían verse altas montañas en cuyas faldas habían frondosos bosques.

Caminaron por el estrecho sendero durante toda la mañana. Cuando el sol estaba ya muy alto en el horizonte, el paisaje era muy distinto al que tomaron cuando se alejaron de los acantilados. Los matorrales habían ido desapareciendo y poco a poco la vegetación había ido haciéndose más frondosa. Ahora frente a ellos se hallaba un hermoso tilo y un poco más allá comenzaba el bosque de cedros y abetos. Los niños se sentaron bajo el tilo. Fue como sentirse un poco en casa. Los cuatro recordaron el bosquecillo de tilos que había junto a su pueblo y



tantas horas pasadas jugando en él en primavera.

-¿Cómo seguiremos ahora? ¿Es que nunca regresaremos a nuestro hogar? Preguntó Nils.

Un bosque inmenso se alzaba frente a ellos y él sólo deseaba cerrar los ojos y encontrarse bajo los tilos queridos de su pueblo.

Viveca que siempre llevaba el viejo libro junto a su pecho le dijo:

- No te desanimes Nils. Tal vez el libro vuelva a darnos la respuesta que necesitamos. Se sentó erguida, apoyando su espalda en el tronco del gran tilo. Abrió el libro al azar y leyó:

“El castillo está rodeado de tristeza. La princesa, enferma de melancolía, está hambrienta”.

¿Qué querrían decir aquellas extrañas palabras? Por allí no se veía ningún castillo, ni tampoco princesa alguna.

Los muchachos siguieron su camino internándose



en el bosque. Encontraron ricos y dulces frutos silvestres, y pequeños riachuelos cruzaban de vez en cuando su camino, y en ellos podían calmar su sed y refrescar sus cansados pies.

Era ya muy avanzada la tarde y apenas los rayos del sol podían atravesar las frondosas copas de los árboles. Pararon para descansar y decidir que hacer.

-La noche está al caer-dijo Viveca. No sería bueno pasarla a la intemperie, pues estos frondosos bosques pueden tener lobos u otras alimañas que salgan en la noche.

Nada más decir esto Viveca, se escuchó a lo lejos el aullido de un lobo. Los muchachos se asustaron, mirando con desconfianza alrededor.

-Tenemos que encontrar un lugar resguardado donde pasar la noche- dijo Mauricio.

Greta encontró un árbol gigantesco, cuyo tronco había sido alcanzado por un rayo mucho tiempo atrás. Ahora ese robusto tronco estaba hueco, y en él cabían los cuatro muchachos sentados. Sólo faltaba



Los tilos

pensar cómo cerrar la entrada.

Buscaron troncos y los ataron con la cuerda que el anciano venerable les había dado. Encajaron la improvisada puerta en el hueco del árbol, dejando antes la antorcha clavada en el suelo. Sabían que al oscurecerse del todo, la antorcha se encendería y eso ahuyentaría a las fieras.

Los cuatro chicos esperaron acurrucados en el interior del tronco. A lo largo de este tiempo de aventura se habían hecho más fuertes y también más valientes. Habían sobrevivido al frío, a la noche y al miedo. Habían hecho frente al hambre, a la sed, a la soledad y al desánimo. Habían sentido el verdadero valor de la amistad. Ahora se encontraban allí, agazapados en el vientre acogedor de un gran árbol, escuchando cómo los aullidos de los lobos se acercaban más y más.

El brillo de la antorcha era todavía débil, pues aún no era noche cerrada. A lo lejos podía verse, entre los troncos de la rudimentaria puerta, la silueta de los lobos acercarse. Los dientes de Viveca castañeteaban de miedo y su hermano le pasó el



brazo por el hombro infundiéndole ánimo.

-¡Que se haga de noche, que se haga de noche y se encienda la antorcha!, rogó en voz alta Greta.

Los lobos estaban ya cercanos y sus aullidos helaban la sangre de los chicos. Pero la oscuridad era ya total y la silueta amenazadora de los lobos, que avanzaban hacia el árbol, se detuvo de golpe cuando la antorcha brilló, ¡por fin! con toda intensidad.

Los niños respiraron aliviados al ver detenerse a las fieras que, desconcertadas por el fuego, se movieron dando rodeos hasta alejarse del lugar. Los aullidos se escucharon lejanos durante toda la noche, pero ahora los niños estaban más tranquilos. Poco a poco se fueron durmiendo todos... todos menos Mauricio, que al ser algo más mayor que los demás se sentía responsable de sus amigos. Toda la noche miró la antorcha, temiendo que al dormirse él pudiera apagarse. Pero la antorcha no se apagó, más bien esa noche brilló con una intensidad y un brillo mayor.



Los tilos

Capítulo VI

Al amanecer se despertaron con el trino de multitud de pájaros. La antorcha aún brillaba pálida, y los chicos fueron saliendo del interior del tronco. Ahora con la luz del día descubrieron una pequeña loma que se encontraba un poco más adelante.

Subieron a toda prisa la loma y frente a ellos encontraron algo que les dejó admirados: un castillo rodeado de un frondoso bosque de tilos, ¡otra vez sus queridos tilos! El espectáculo era maravilloso.

El castillo se asentaba en un fértil valle, surcado por un río cristalino que alrededor del castillo se convertía en un foso donde nadaban los patos. Los tilos salpicaban todo el valle, pero al atravesar el puente sobre el foso, los tilos formaban un tupido bosque lleno de flores silvestres, fuentes y pequeños lagos. En el centro se encontraba el palacio más hermoso que se pueda imaginar.

Los cuatro amigos se dirigieron hacia él con ánimos renovados. Pero justo al cruzar el puente sobre el foso de aguas cristalinas, se apoderó de ellos una



inmensa tristeza. Entonces Greta recordó lo que habían leído en el libro:

“El castillo está rodeado de tristeza. La princesa, enferma de melancolía está hambrienta”.

Los cuatro niños atravesaron el bosquecillo de tilos, y encontraron una fuente en cuyo centro estaba la estatua de una princesa tallada en delicada piedra blanca. La princesa era bellísima pero dos lágrimas habían sido talladas en su rostro, el más triste que pueda imaginarse. Era la princesa de la que hablaba el libro y ese, el castillo rodeado de tristeza.

Presos de una gran melancolía salieron del bosquecillo de tilos, atravesando el camino empedrado y rodeado de flores que llevaba hasta la puerta misma del palacio. La puerta estaba cerrada y nadie salió a su encuentro. Era una puerta preciosa, tallada en maderas nobles y con piedras preciosas incrustadas, formando bellos rosetones.

No parecía haber ningún acceso al palacio excepto aquella puerta que se encontraba cerrada a cal y canto. Tenía una pequeña cerradura dorada que a



Los tilos

Greta le recordó la pequeña llave, también dorada, que le diera el anciano venerable, y que ella llevaba colgada al cuello. Sacó la cadena de su cuello, y ante el asombro de todos comprobó que la llave entraba perfectamente en la cerradura. Giró la llave y la puerta se abrió.

El patio del palacio apareció ante sus ojos. Lleno de flores perfumadas y coloridas, con un gran tilo en el centro y colgado de una de sus ramas más gruesas, un columpio.

Los niños contemplaron aquel lugar tan bonito. Recorrieron las salas a las que se accedía desde el patio. Todas eran lujosas, con grandes ventanales que daban a bellos jardines repletos de flores y árboles frutales. Había en aquel lugar todo lo que se pudiera desear. Todo menos personas.

Capítulo VII

Después de dar vueltas por las dependencias del palacio, volvieron al patio central preguntándose donde estarían los dueños del lugar.



Mauricio, mirando las altas ramas del gran tilo, se dio cuenta de que una de ellas llegaba hasta una alta y estrecha torre, adentrándose en ella. Parecía que la rama había seguido creciendo dentro de la torre y otras ramas más pequeñas salían por los vanos de sus ventanas.

Los cuatro amigos comenzaron a trepar por las ramas del tilo. Al llegar arriba encontraron en la pequeña torre algo que les sobrecogió: las ramas del árbol habían formado un lecho y sobre él descansaba una muchacha.

Era la princesa que habían visto en la estatua de piedra blanca. En su frente no había una corona sino una diadema con una estrella. Entre sus manos tenía un pequeño cofre de oro y nácar.

Los cuatro la miraron sobrecogidos sin saber qué hacer. Pasaba el tiempo y no se decidían a despertar a la joven princesa. Greta observó que el cofre que sujetaba en sus manos tenía también una cerradura dorada, igual que la puerta de entrada al palacio. Se inclinó sobre la princesa, metió la llave en la cerradura y la giró. El cofrecillo se abrió dejando escapar de



su interior unas notas melodiosas. Era una música bella como nunca habían escuchado, una música que alejaba de sus corazones toda la tristeza que antes habían sentido. Una palomita blanca se acercó volando y entró en la pequeña torre, posándose en el hombro de la princesa.

Los cuatro la miraron cuando comenzaba a abrir sus ojos. Fue posando su mirada en cada uno de ellos. Al final esbozó una leve sonrisa y les dijo:

-Os vi a los cuatro en mis sueños, veníais de muy lejos para devolverme la alegría.

Entonces la princesa les contó su historia. En el pasado ella había sido una niña orgullosa y malcriada. Trataba mal a los súbditos de su bondadoso padre, derrochaba todo porque a nada le daba valor, y no sentía ninguna compasión por las demás personas a las que ella consideraba inferiores. Un día su padre, cansado del comportamiento indigno de su hija le dijo:

-“Hija mía desde que tu madre murió he tratado de educarte como ella lo hubiera hecho; pero nada hay



en ti que recuerde la nobleza de tu origen. Tienes todo lo que puedes desear, pero te falta lo más importante: un corazón capaz de amar. Eso es lo que ahora deberás conquistar, pues siendo hija de reyes y teniéndolo todo, tu alma esta hambrienta del único alimento que puede saciarla”.

Así que mi padre me envió a este apartado palacio. Me trajeron sus heraldos cabalgando por montes y valles durante días. Siguiendo instrucciones de mi padre cerraron el palacio con llave y aquí me dejaron.

Mi padre al partir me había entregado este cofrecillo cerrado con la siguiente advertencia: “Cuando tu corazón se despierte, escucharás la música que alejará tu tristeza”.

Al principio mi corazón orgulloso no se quiso doblegar, me entretenía paseando por los jardines y comiendo de sus deliciosos frutos. Pero al pasar el tiempo, el orgullo se fue trocando en tristeza y melancolía. Lloré y lloré durante días abrazada al tilo del patio, que creció regado por mis lágrimas. Mi corazón se había despertado, pero mi alma seguía hambrienta del afecto de otras personas y la melancolía llenaba mis días.



Los tilos

Me acostumbré a trepar por el querido tilo. Aquí encontraba consuelo durmiendo entre sus brazos y sujetando junto a mí este cofrecillo cerrado, que me recordaba a mi padre, pero que yo no podía abrir sin ayuda de otros.

Vosotros habéis podido abrir el cofre y su música ha disipado la tristeza. Vuestra presencia ha devuelto el calor a mi corazón. Ahora sé que podré volver al castillo del rey mi padre y ser digna de vivir a su lado.

La princesa envió un mensaje a su padre con la paloma y este mandó a la guardia real para recoger a su hija y a sus amigos. En el palacio del rey se celebraron grandes festejos para recibir a la heredera y a los que la habían liberado de su aislamiento y soledad.

Y por fin llegó el día de la despedida. Los cuatro amigos se presentaron ante el rey y la princesa. El monarca habló:

-Queridos amigos, mi corazón se siente agradecido, pues gracias a vosotros he podido recuperar a mi hija. Ella podrá ser ahora una verdadera princesa.



La princesa les dijo con emoción:

-Siempre os consideraré mis amigos.

Mauricio habló en nombre de los cuatro:

-Este viaje nos ha deparado muchas aventuras y hemos aprendido mucho. Ahora debemos partir para reencontrarnos con nuestras familias, pero sabed que siempre os llevaremos en nuestro corazón.

Los cuatro amigos regresaron a su pueblo. El tilo de la plaza estaba en flor y al verlo sintieron la alegría de haber llegado a casa.

Fueron felices, comieron perdices y nunca olvidaron aquella aventura.

Este pequeño libro contiene cuentos en los que se han recreado esas imágenes de los clásicos cuentos de hadas. Otros pequeños cuentos recogen imágenes de la naturaleza y los animales, mundo muy cercano al alma del niño pequeño.

Son cuentos cortos para los que nos será fácil encontrar un tiempo, en ese momento de ir a acostar a los niños. Al final hay un cuento un poco más largo, que puede ser contado por capítulos.

Se trata de no renunciar al derecho de los niños a recibir el alimento de los cuentos, teniendo también en consideración el poco tiempo del que, a veces, disponemos.

¿Necesita más información?



Dirección General de la Familia y el Menor
C/ Gran Vía, 14
28013 MADRID

www.madrid.org/familia



91 580 34 64



dqfamiliaymenor@madrid.org



Comunidad de Madrid

CONSEJERÍA DE POLÍTICAS SOCIALES Y FAMILIA

Dirección General de la Familia y el Menor

cuéntame un cuento